Proyecto Fondecyt 1090144

**MONTONERAS PLEBEYAS Y REBELIÓN DEL PEONAJE DURANTE
LA GESTACIÓN DE LA REPUBLICA, CHILE: 1810-1835.**

ANEXO VII

**[GABRIEL SALAZAR:
LA REBELIÓN SOCIAL DEL PEONAJE: RELEVANCIA, DELITOS,
MOTIVACION: CHILE, 1820-1860]**

**LA REBELIÓN SOCIAL DEL PEONAJE:
RELEVANCIA, DELITOS, MOTIVACIÓN.
CHILE, 1820-1860
(Análisis de una muestra judicial)¹**

Gabriel Salazar

I.- Relevancia General del Problema

A) La guerrilla de la 'gente de la tierra'.

Pese a su precarizada condición plebeya, el peonaje chileno desplegó, a todo lo largo del siglo XIX, persistentes acciones delictivas, de indocilidad y desacato, que conllevaban, en su configuración judicial, actitudes de rebelión y autonomía. Para la clase dirigente de ese tiempo, tales acciones, pese a su evidente origen marginal, constituyeron un insoluble rompecabezas policial y una amenaza permanente de merodeo, asalto y saqueo. Y ante eso, nunca, durante ese largo siglo (1750-1927, en cronología policial), pudo el patriciado mercantil chileno disolver las oleadas desestabilizadoras que, desde el bajo fondo de la sociedad, irradiaba cotidianamente la incomodidad mal estibada del enorme peonaje².

Por esto, se puede afirmar que el célebre orden republicano que el patriciado mercantil de Santiago instauró en 1830 – con gran eco historiográfico –, no logró jamás estirar su manto de ‘governabilidad’ hasta el plano soterrado donde se combatían, sin guerra declarada, el patriciado y el peonaje. Ese orden – llamado “Estado en forma” por sus defensores – institucionalizó y rigió la vida política y social *del* patriciado, plano en el que logró efectivamente estabilizar una ‘paz política’ de larga duración, pero no rigió en absoluto ni institucionalizó la vida real de los trabajadores precaristas, los excluidos y desamparados, ya que éstos tuvieron que sostener, día a día, una ‘guerrilla marginal’ para sobrevivir, método que les permitió mantener por largo tiempo una sorprendente *auto-governabilidad vital*. Lo cual se explica porque el patriciado, pese a que manejó el poder económico necesario para enriquecerse a sí mismo y la razón político-militar suficiente para construir un Estado “en forma”, no construyó nunca el poder económico necesario, ni la razón política suficiente, para *integrar*, económica, social y cívicamente, en un mismo proyecto nacional de desarrollo, a las masas sociales que precisamente su poder operacional efectivo pauperizaba, excluía y maltrataba. Como tampoco tuvo el poder policial adecuado para *impedir* que la masa marginal se alzara, insolentara, asaltara, robara y escapara, sin cansarse jamás. En suma: no pudo sortear los riesgos del *conflicto pre-industrial* ‘de clases’.

En verdad, el movimiento rebelde del peonaje no surgió ni se desarrolló desde las contradicciones ‘internas’ de una estructura laboral *integradora* (como era la del capitalismo industrial clásico), sino de las contradicciones todavía ‘externas’ generadas

---

¹ Este trabajo se realizó con el financiamiento del Proyecto Fondecyt 1090144 (Montoneras plebeyas y rebelión del peonaje durante la gestación de la República, Chile, 1810-1835).

² El peonaje copó los 2/3 de la población activa durante el siglo XIX chileno. Detalles al respecto en G.Salazar: *Labradores, peones y proletarios. Formación y crisis de la sociedad popular chilena* (Santiago, 1985. Editorial SUR), *passim*.

por un patriciado mercantil que nunca supo, supo o quiso integrar, ni a los pueblos indígenas, ni al inesperado gran pueblo mestizo³. En verdad, el régimen mercantil del siglo XIX funcionó de hecho *neo-colonizando pueblos*, no proletarizando trabajadores en función de un proyecto nacional de auténtica acumulación industrial⁴. Por eso, entre el peonaje y la elite patricia, pese a los enganches laborales precaristas que proliferaron entre ambos, no hubo pertenencia orgánica a una estructura acumulativa común, sino una separación ominosa, casi racista, compleja, donde se enfrentaban de hecho comunidades diferentes y culturas opuestas, más que de pertenencia a un ‘sistema común’. El conflicto entre patricios y peones, por tanto, se asemejó a una *guerrilla entre pueblos distintos* más que a una orgánica y estructurada ‘lucha de clases’. Y por eso constituyó, de algún modo, la continuación mestiza de la centenaria “guerra de Arauco”.

Es preciso convencerse de que la lógica de la rebeldía peonal no podía, por eso mismo, regirse por ‘principios’ asociados a una estructura económica y política *compartida*, sino por los fundamentos ‘autonomistas’ de un pueblo (indígena y mestizo) que luchaba por sobrevivir y mantener su propia identidad, cultura, comunidades y territorios propios o por apropiarse. No tenía sentido alguno para el peonaje tomar el Estado ‘patricio’ como norte y por asalto, ni diseñar un proyecto político para un ataque revolucionario. Tenía mucho más sentido práctico saquear sus haciendas, caseríos, palacetes urbanos, robar su ganado y acopiar toda clase de *recursos* para mantener una vida propia. Haciendo eso se mantenía e, incluso, se desarrollaba el auto-gobierno vital y la independencia comunitaria y cultural, bases indispensables para asegurar una mínima existencia histórica. Y por lo mismo, tampoco tenía sentido transitar – simulando civilización compartida, con ropaje ‘ciudadano’ prestado – por los estrechos pasillos institucionales y políticos tramados y establecidos por el patriciado mercantil *para sí mismo*. La confrontación, por ello, no era ni podía ser institucional, sino territorial. Si se quiere hablar de la eventual ‘política’ que contenía o no contenía el movimiento rebelde del peonaje, tendría que hablarse de la ‘política’ que el pueblo mapuche tuvo siempre hacia los españoles (pueblo invasor) y hacia los chilenos (pueblo neo-conquistador). Que era la política que se tiene y debe tenerse frente a un enemigo ‘externo’⁵. O ante un invasor abusivo. O sea: conflicto territorial y de recursos.

No es extraño que para el peonaje (pueblo mestizo), durante todo el siglo XIX, el “modelo de lucha” no haya sido otro que la *política exterior* tradicional del pueblo mapuche (la maloca), que ‘combatía’ a un enemigo externo y defendía a la vez redes y comunidades precarizadas pero de longeva identificación con la tierra, el valle, el bosque, la montaña, las minas y el paisaje real del país. Mapuches y peones fueron, durante siglos, la legítima ‘gente de la tierra’. Pues, al revés de ellos, el patriciado mercantil no fue sino la avanzada local del muy *cosmopolita* (librecambista) capital comercial internacional.

B) De la montonera al alzamiento.

³ El haber nominado ‘chilenos’ a ambos pueblos – por medio de decretos que procuraban construir ‘la’ nación – no aseguró su integración real, sino el derecho patricio a expoliarlos ‘puertas adentro’.

⁴ Un mayor desarrollo historiográfico y teórico de este problema en G. Salazar: *Historia de la acumulación capitalista en Chile* (Santiago, 2003. Editorial LOM), *passim*, y en: *Mercaderes, empresarios y capitalistas. Chile, siglo XIX* (Santiago, 2009. Editorial Sudamericana), *passim*.

⁵ Casi del mismo modo en que el patriciado décimo-nónico asumió su relación con el pueblo mapuche y el peonaje rebelde: como un “enemigo interno”. Misma razón por la que sus políticas represivo-militares han sido definidas historiográficamente como “guerras civiles”, o “estado de guerra interno”.

Desde mediados del siglo XVIII, el patriciado sintió que su conspicuo “patrimonio” (inventario de haciendas, chacras, minas, trapiches, casas solariegas, tiendas, bodegas, mercancías en tránsito y monedas de oro y plata: origen material de sus “mayorazgos y títulos de Castilla”) estaba siendo objeto de una erosiva marejada de robos, asaltos, saqueos y transgresiones. Día y noche. Año tras año. Las pérdidas por tal ‘concepto’ – según rezan sus informes a las autoridades coloniales y republicanas – podían alcanzar hasta un tercio de sus ingresos anuales. Eso engendraba, en los propietarios, tensión y preocupación. Pavor, incluso. La nerviosidad resultante se tradujo en una presión insistente sobre las autoridades para que éstas implementaran *políticas* capaces de disolver, de una vez por todas, esa amenaza. Pero las políticas promulgadas al respecto nunca remediaron el problema. No, por lo menos, en el largo siglo XIX. De modo que las marejadas delictivas fueron en aumento. Año tras año. Al compás de la explosión demográfica de los pobres.

Al comienzo (siglo XVIII), los delitos fueron perpetrados por individuos o grupos pequeños que realizaban acciones de poca monta, razón por la que el aparato policial de los cabildos (o municipios) y el raleado aparato judicial del Valle Central pudieron tramitar los juicios correspondientes sin verse abrumados. Con todo, a medida que el sistema patricio entró en un tobogán de convulsiones internas (entre 1808 y 1832, por ejemplo), las defensas policiales y judiciales fueron sobrepasadas en todos los frentes. Sobrevino entonces una multiplicación vertiginosa de delitos peonales y una ampliación considerable de su magnitud y peligrosidad. Entre 1810 y 1819, por ejemplo, las autoridades realistas, lo mismo que las patriotas, tuvieron que distraer su atención del conflicto en que se hallaban engolfadas para atender, lateralmente, el ataque terciario del peonaje rebelde, a objeto de, al menos, neutralizar “la extraordinaria frecuencia con que... se cometen salteos, robos, asesinatos y otros excesos”⁶. El mismo Director Supremo informaba al Senado de la República en 1819 que “los perturbadores de la tranquilidad pública se han insolentado hasta el extremo de acometer i saquear los pueblos o villas que saben se hallan indefensos”⁷.

Estimulados por algunos jefes realistas derrotados en Maipú y la persistente indocilidad de las comunidades mapuches, los labradores y peones del período 1810-1832 tendieron a establecer, como cuartel general de sus operaciones puntuales, *‘focos peonizados’* y comunidades organizadas al modo pehuenche (caso del “campamento” establecido en las Lagunas de Epulauquén y de los ‘nidos de bandoleros’ que emergieron después en los Cerrillos de Teno, Angostura, Til Til y en otras localidades). Apoyándose en esos focos o nidos, el peonaje rebelde “combinó” diversos tipos de ataque sobre las haciendas, villas y ciudades del sur, desatando una guerrilla popular que se entretejió con la guerra civil que luchaban patriotas y realistas y luego pelucones contra pipiols. En ese período y en ese contexto, las acciones de poca monta de peones y cuatrerros se transformaron en malocas perpetradas por “*gavillas*” y “*montoneras*” de gran número, que irrumpían en el valle con regularidad aterradora. Del mismo modo, el delito aislado se transformó en una endémica “guerrilla de recursos”. A lo largo de ese conflicto, la *identidad histórica* del peonaje adquirió perfiles nítidos y diferenciados, en todos los planos: social, cultural y aun territorial. Y sobre ese perfil surgieron, rampantes, varios

⁶ En *Sesiones de los Cuerpos Legislativos (SCL, en adelante)*, volumen I, p. 274. También en el Archivo del Cabildo de Valparaíso (ACV, en adelante), volumen correspondiente a los años 1814-1815, fs. 219-220.

⁷ En *SCL*, volumen II (1819), p. 415.

“caudillos” de aureola legendaria (caratulados oficialmente como “bandidos famosos”)⁸. Desde entonces, las leyendas del bandidaje circularon profusamente, de corrillo en corrillo, destellando *temor* en las noches del patriciado, cálida *cercanía* en los ranchos femeninos del suburbio, y *propensiones rebeldes* en la mente de la juventud marginal.

Ante eso, el patriciado debió perfeccionar el aparato policial heredado de la Colonia: multiplicó las milicias urbanas, permitió a los hacendados formar montoneras con sus inquilinos, fortaleció el Ejército de la Frontera Sur, etc. Pero fue inútil. Y el fracaso se debió no sólo a que la masa peonal estaba extendida por todo el territorio, sino también a que las milicias y regimientos regulares vivían aquejados de hemorragias desertoras: la “soldadesca” (formada por peones vagabundos reclutados a la fuerza) y parte de la “milicia” (formada sobre todo por artesanos) se fugaban en masa, en plena campaña. Es que la vida libre (“vagabunda”) del peonaje, pese a su precariedad, tenía más identidad social y cultural que la servidumbre doméstica y/o militar en las instituciones propias del patriciado. Ese *plus* marcó, en el largo plazo, un desequilibrio estratégico, que favoreció, créase o no, al peonaje. Y durante toda la década de 1820, el Gobierno de Santiago demostró no tener el poder necesario para eliminar la *indocilidad combinada* de labradores, peones e indígenas. Habiendo sopesado ese riesgo, el poderoso ministro Diego Portales despachó al sur al general Manuel Bulnes, en 1832, al mando de un ejército formal y una orden terminante: destruir a como diera lugar el ‘foco rebelde’ que había surgido en la pre-cordillera de Chillán (Lagunas de Epulauquén), que operaba como cuartel general de todos los distritos peonizados del sur⁹.

El sangriento triunfo del general Bulnes sobre ese nido peonal (“combate de Roble Huacho”) puso fin a la fase de ‘maloqueos’ – caracterizada por los temibles ataques de las “montoneras populares” –, pero *no* detuvo el movimiento delictivo global del peonaje, que continuó su ‘política de guerrilla’ basado, más que antes, en el libre accionar de sus miles de colleras, gavillas, cuatrerros y peones alzados. El triunfo de Bulnes disipó la amenaza estratégica: la posibilidad de un Curalaba ‘patricio’, pero *no* resolvió la indigencia histórica del pueblo mestizo y del pueblo mapuche. Al contrario: agudizó la expoliación económica y social que padecían. Por tanto, tampoco suprimió la distancia beligerante y el conflicto consiguiente que separaban al ‘patriciado chileno’ del masivo e indócil “bajo pueblo”. La guerrilla de recursos, por tanto, debía continuar. Y continuó.

Con un agravante: la etapa del maloqueo (1810-1832, aproximadamente) había decantado la identidad del bajo pueblo al consolidar múltiples *prácticas delictivas* de desacato y recolección de recursos. Estas prácticas constituyeron un amplio *repertorio rebelde* que permaneció – incluso se esparció – después de la derrota de Roble Huacho. De este modo, mientras el sistema político del patriciado pelucón se consolidaba y acicalaba sobre sí mismo (con no poco orgullo), el repertorio rebelde del peonaje adquiría un perfil más y más diferencial, atrevido y trasgresor. Devino así en un verdadero ‘capital rebelde’ que se apegó oportunistamente – en busca de recursos – a la oposición política que, contra los pelucos, animaban pipiolos y liberales¹⁰. De este modo, los asaltos y saqueos de las antiguas montoneras populares – que se descolgaban a caballo desde los cerros – fueron reemplazados por *alzamientos locales*, motines *a pie*,

⁸ Estos temas se desarrollarán posteriormente.

⁹ Una descripción de esta campaña en Diego Barros Arana: *Historia General de Chile* (Santiago, 1902. Imprenta Cervantes), Tomo XVI, pp. 97-116.

¹⁰ Citar textos sobre guerras civiles del 51 y 59. Ver en otro trabajo.

insubordinación de peones asalariados, robos al paso, desacatos locales a la autoridad comunal, etc. Eran miles de conatos puntuales de *desacato, delincuencia e insurrección*, que estallaban en cualquier lugar y por cualquier razón. Así, la etapa del maloqueo dio paso a la del “roto alzado”. La fuerte presión ‘delictiva’ que el bajo pueblo ejerció desde abajo sobre el sistema patricio no desapareció, pues, ni disminuyó después de Roble Huacho; más bien, se dispersó, se tornó ubicua, se transformó y, en suma, como ‘problema político’, se incrementó.

Es que los conflictos internos del patriciado (entre mercaderes y productores, y entre pelucones y liberales), que desde la perspectiva del peonaje habían sido, hasta cierto punto, ‘convenientes’ entre 1810 y 1829, se agudizaron después de 1830, al punto de provocar las guerras civiles de 1837, 1851, 1859 y 1891. El Ejército, que fue siempre el único instrumento capaz de evitar el nuevo Curalaba que tanto temía la clase patricia, al dividirse, permitió a las masas populares sumarse a un bando o al otro (o a los dos), asumiendo en todo caso el conflicto según la lógica guerrillera de los recursos, razón por la que ‘lucharon’ saqueando (esta vez bajo licencia) a un bando y al otro. Pues el pueblo de “rotos” estuvo siempre, a lo largo del siglo XIX, al acecho de tales ocasiones.

Es lo que observó, ya en 1830, el perceptivo navegante R.L.Vowell:

“Los rotosos... son vagamundos sin Dios ni Ley, ni con medios ostensibles de vida... Pululan como lobos en las calles, en la expectativa de saqueo cuando se ofrecen algunas reyertas o revolución...”¹¹.

C) Temor y represión

Es perfectamente posible trazar la historia del miedo visceral que el patriciado republicano sintió ante el “bajo pueblo”, ya que ese temor recorrió como escalofrío, de comienzo a fin, toda la espina dorsal del siglo XIX chileno.

Al principio, fue el miedo de los conquistadores al alzamiento mapuche. O sea: a que se repitiera el desastre de Tucapel o la hecatombe de Curalaba. Después, a comienzos del siglo XIX, fue el miedo de los patriotas a las malocas y montoneras del pueblo mestizo, *aliadas* a las del pueblo mapuche y a los realistas derrotados. Y desde 1832, fue el miedo patricio a los infinitos robos, asaltos, saqueos y motines del “bajo pueblo”. Y en este miedo siempre renovado, todo “peón vagabundo mal entretenido, sin Dios ni Ley” – ¡y había centenares de miles en el país! – devino en un ‘pincheira’ virtual tramando un nuevo ‘curalaba’... Tanto más si ese fantasma se corporizaba de repente, viniendo de ninguna parte, amenazante, husmeando los suburbios como “lobo estepario”...¹². No es extraño, pues, que el “bajo pueblo” adquiriera, en la retina de las autoridades, los contornos de un actor histórico masivo y unitario, difuso y aureolado de nerviosos temores y odiosas sospechas.

Es que, en verdad, el roto estaba triplemente divorciado del patriciado, pues era, *a la vez*, objeto de discriminación socio-racial (sin derechos), objeto de abuso (explotación) y objeto de temor (represión). Nunca fue visto, por tanto, ni como compatriota asociable

¹¹ R.L.Vowell: *Campañas y cruceros en Venezuela y Nueva Granada y en el Océano Pacífico de 1817 a 1830* (Santiago, 1962), p. 245.

¹² El anecdotario del miedo patricio se expondrá en otro trabajo.

paritariamente al proceso productivo, ni en calidad de conciudadano en el proceso político. La elite chilena, más impulsada por un afán neo-colonizador y aristocratizante que por un proyecto empresarial-capitalista, no se relacionó con el peonaje como socio o conciudadano, sino como ‘otro’ pueblo aborígen a conquistar, y si no se dejaba conquistar, entonces sólo como “enemigo interno”. Indicativo de ese divorcio es que el patriciado: a) *no* estableció para el peonaje, durante todo el siglo XIX, un verdadero régimen salarial; b) *no* le concedió derecho a voto sino tardíamente, y cuando lo hizo, fue en términos de cohecho masivo; c) *no* lo reclutó para el Ejército en calidad de ciudadano, sino como “leva” de bárbaros; d) *no* respetó sus derechos civiles y humanos al azotarlo, torturarlo y masacrarlo y, en definitiva, e) *no* se relacionó con él excepto marcando una distancia de clase y raza, que perduró hasta avanzado el siglo XX.

En ese contexto, la elite operó siempre, respecto al “bajo pueblo”, con imágenes y conceptos estereotipados, prejuiciados y discriminatorios. Esto se reflejó, sobre todo, en la forma en que los jueces aplicaron justicia a los delitos del peonaje. Pues el trámite policial y judicial se organizó para *probar la sospecha, no para discernir la culpabilidad real*. Los peones enfrentaban al juez sin testigos a favor y sin defensores (el “defensor de pobres” no tuvo ninguna incidencia significativa). Los únicos testigos convocados al juicio eran los “de cargo”. Y las penas – cárcel, azotes, tortura, y en algunos casos de delito “nefando”, ejecución sumaria – fueron calculadas para aplastar la propensión rebelde, o castigar la “inmoralidad”, no para rehabilitar o integrar socialmente al “vagabundaje”. El sistema policial y judicial tendió, por eso, a reflejar e instrumentalizar los temores y prejuicios del patriciado, no la realidad económica, social y cultural que impulsaba al peonaje a reanudar una y otra vez su guerrilla de recursos. Por eso, la vida real de esa masa social no fue nunca investigada ni reconocida en su especificidad por las autoridades del siglo XIX. Ni hubo, por lo mismo, legislación ‘social’. Sólo existía, en compensación, la caridad católica, que, como se sabe, se preocupaba sobre todo de *salvar para la eternidad* el alma de los pobres, no de satisfacer *en justicia* las necesidades terrenales de su existencia, pues a ésta sólo le correspondía, en la práctica, las migajas y mendrugos concedidos por la filantropía privada de los cristianos.

En contraste, los empresarios extranjeros que llegaron a mediados de siglo tenían en su mayoría una mentalidad industrialista (no empapada, por tanto, de sentimientos pseudo-aristocráticos) y capitales invertidos en la expansión mundial del industrialismo, de modo que *no* demostraron tener temores de amo frente al peonaje, ni tomaron sobre él una distancia de conquistador. Al contrario: le pagaron salarios justos, lo integraron a sus empresas y denunciaron en sus periódicos y diarios de viaje el miserable estado del “bajo pueblo” chileno (es lo que hicieron Charles Darwin, Claudio Gay o el Lieutenant J.M.Gilliss, entre otros). No es extraño que el peonaje prefiriera y siguiera por doquier, en rebaño, al patrón extranjero, como ocurrió con el ingeniero norteamericano que construyó el ferrocarril de Santiago a Valparaíso, Henry Meiggs, al que decenas de miles de peones siguieron hasta Perú.

La distancia que el patriciado mantuvo sobre el “bajo pueblo” fue de tal naturaleza que nunca, en el escenario gubernativo y parlamentario de la política, lo trató como ‘*razón de Estado*’. Sólo fue tramitado, a nivel local, como ‘razón de Policía’. Al no ser racionalizada políticamente la rebeldía peonal, la ‘política’ hacia el peonaje continuó siendo regida, en los hechos, por los temores y representaciones del patriciado. Por eso, ante los alzamientos obrero-peonales de 1890, 1903, 1905, 1906 y 1907, el Gobierno de

turno no ordenó una negociación política, sino varias campañas militares en formación de guerra, que terminaron en otras tantas masacres de obreros y peones. De modo que el patriciado, tratando de exorcizar su temor a un nuevo Tucapel o un nuevo Curalaba, no hizo otra cosa que repetir varias veces la acción militar que el general Bulnes llevó a cabo, en 1832, contra el bastión plebeyo de Roble Huacho.

Naturalmente, con la ayuda del Ejército de la Patria, el patriciado de Santiago tuvo éxito en todas esas ‘campañas’, pero no logró exorcizar, ni su congénito temor al peonaje, ni la capacidad de éste para seguir *sobreviviendo* en todas partes, cada vez más numeroso y consciente de su multiseccular rebeldía.

D) *El ser afuerino del peonaje*

La hipótesis ‘sociológica’ que oficialmente manejaban las elites del siglo XIX argüía que los peones (y sus camaradas) eran “*por naturaleza*” inclinados al robo, la vagancia, los vicios y al desacato. Sustentados en ella, en los archivos judiciales, algunos libelos acusatorios comenzaban con la mítica frase: “fulano de tal, ladrón de nacimiento...”.

Deducían de ahí que los rotos, por su misma entidad natural, no eran reductibles, ni educables, ni integrables, de modo que sólo cabía tratarlos como se trataba a una ‘cosa’: *de facto, sin arreglo a Derecho*. No cabían allí los derechos civiles, como tampoco, a menudo, los derechos humanos. Implicaba también que, por su naturaleza diferente, los rotos constituían *otro* pueblo. Un pueblo ‘bárbaro’, antropológicamente distinto al europeo y al criollo. Con un agravante fundamental: se trataba de un pueblo bárbaro *sin historia, ni territorio, ni tradición*. Por tanto, era distinto, incluso, al pueblo mapuche. Como éste tenía estirpe, historia, tierra, tradición y lenguaje propios, el Rey le había concedido, graciosamente, un completo Derecho Indiano. Tan válido como el Hispánico o el Imperial. Pero para el pueblo mestizo, que no tenía nada de aquello, *no hubo Derecho*. Con respecto a él, el Rey se limitó a precisar lo que *no* era *ni* podía ser. Por eso el peonaje vagabundo vivió en el país, por casi tres siglos, en condición de ‘intruso’: sin tierra, sin padre reconocido, sin Dios, sin Ley. Y fue por eso que, mientras colonos y mapuches, a lo largo del período colonial, se constituyeron como ‘pueblos’ en conformidad a la Ley (residían en “pueblos” y/o villas o ciudades), los mestizos, que ni eran nación ni se establecieron en villas o ciudades, vivieron a la intemperie, como bárbaros sin origen ni destino. Vagando y merodeando. Como ‘afuerinos’. Razón por la que se les denominó y trató como “*bajo pueblo*”, esto es: gente sin familia ni domicilio conocido, “sin Dios ni Ley”... Definitivamente, no eran iguales, ni civilizados, ni conciudadanos.

Sin embargo, la mayoría de los extranjeros y algunos hombres probos del mismo patriciado local esgrimieron hipótesis distintas. Sostenían, por ejemplo, que su endémica propensión a la vagancia, al robo, a los vicios y al desacato *brotaba de la condición histórica segregada* en la que, por siglos, se hallaron sometidos a presión y represión. T.P.Haenke escribía hacia 1800, por ejemplo, lo que sigue:

“Como los caballeros de Santiago no logran tener a su servicio sino esclavos o mulatos, el vicio del latrocinio es propio de esta proscrita e infeliz gente, que ni tiene propiedad, ni espera tenerla, ni otra mejoría en su suerte que el goce pasajero de aquellas cosas cuya posesión puede facilitarse aunque sea quebrantando las leyes de un honor que no conocen... Destituidos de salario y

gajes y atendidos al simple sustento y a un miserable vestido, y no siendo por otra parte inherente a la naturaleza humana esta desigualdad de condiciones... ¿Quién extrañará que el esclavo se apropie, siempre que la ocasión se lo proporcione, una parte de las cosas a que se considera con cierto derecho? Su trabajo no tiene precio, sus servicios ninguna recompensa, y así no se cree obligado a observar derecho con quien a él no se lo guarda”¹³.

Algo similar pensaba el Gobernador de Coelemu en 1834, cuando informaba a sus superiores que los robos que se cometían en su distrito eran “el efecto, según se cree, de la miseria en que se halla la gente del campo”¹⁴. En la ciudad de Santiago, en 1842, el editor de *El Agricultor* llegaba a idéntica conclusión. Según él, los hacendados chilenos tenían “ideas muy equivocadas del modo como debe tratarse a los inquilinos y demás vivientes de sus fundos”. Y en este sentido señalaba:

“Parten del principio que nuestros pobres están hechos para el mal y que sólo pueden llevarse por el rigor; de aquí la costumbre de despotizarlos, que hace tan miserable su condición... De este estado de abatimiento, de miseria, de incertidumbre e inseguridad en que viven nuestros labradores proviene sin la menor duda la indiferencia brutal que notamos en ellos, la ninguna idea de pundonor, la propensión al robo y a los vicios más despreciables”¹⁵.

Para explicarse de algún modo el origen o el contexto de esas “ideas equivocadas”, debe tomarse en cuenta que el patriciado mercantil chileno no logró nunca *maximizar* sus ganancias en el comercio de exportación de trigo, harina, cobre y plata, debido a que las utilidades específicas devengadas por el transporte marítimo, el flete, los seguros y el precio de venta final lo controlaron siempre, primero los navieros peruanos (hasta 1820) y luego los comerciantes ingleses (desde 1820). Vivió, en consecuencia, embotellado en su nicho productivo. Por esta razón, la maximización de la ganancia debió realizarla, supletoriamente, en el mercado interno, a cuyo efecto echó mano de, al menos, dos mecanismos de expoliación: por un lado, *desmonetizó la relación laboral* con los inquilinos (haciendas) y con los apires y barreteros (minas y fundiciones), anulando casi por completo el salario monetario (pago en fichas, dinero local, retención por deuda, cepo, látigo, monopolio de pulpería), reduciendo la masa laboral a una condición neo-esclavista. Por otro lado, *monopolizó el crédito interno*, lo que le permitió transformarse en una casta de prestamistas y especuladores que incrementaron la tasa de interés a niveles usureros (la tasa media fluctuó entre 30 y 120 % anual). De ese modo, la maximización ‘compensatoria’ de la ganancia la llevó a cabo con todo éxito, por medio de reducir drásticamente los costos de producción y de aumentar especulativamente su ingreso financiero¹⁶. Entre 1800 y 1898, aproximadamente, el patriciado pudo, a través de esos mecanismos, mantener sus ingresos anuales en un nivel inalcanzable para el chileno medio y, con mayor razón, para la gran masa del peonaje.

Se comprende que los mecanismos ‘compensatorios’ de la acumulación patricia impedían, por el flanco salarial, que el peonaje enganchado pudiera integrarse de lleno a la sociedad central, y por el flanco crediticio, que los labradores, artesanos y pirquineros (los “emprendedores” populares) pudieran desenvolverse con autonomía en su

¹³ T.P.Haenke: *Descripción del Reyno de Chile* (Santiago, 1942), pp. 99-100.

¹⁴ En Archivo de la Intendencia de Concepción (AIC), vol. 145 (1834), Coelemu, 1º de junio.

¹⁵ Editoriales, en *El Agricultor*, N° 17 (Santiago, junio de 1842) y N° 21 (febrero de 1843).

¹⁶ El detalle de esta situación en G.Salazar: *Mercaderes, empresarios y capitalistas...*, op.cit., capítulo V.

desarrollo empresarial y productivo. Por tanto, la acumulación patricia del capital se estructuró de tal modo que constituyó un techo insalvable para que los artesanos, obreros y el peonaje vagabundo pudieran dejar de ser el ‘pueblo mestizo’ que promovía la guerrilla de recursos. Sólo el proceso de industrialización iniciado precariamente desde 1850 por los “mecánicos” extranjeros permitió abrir válvulas de integración, a través de un trabajo asalariado más formalizado. Pero la capacidad de absorción e integración de ese sector industrial beneficiaba, hacia 1910, sólo al 9 % de la masa popular¹⁷.

Como esa situación se extendió a todo lo largo del siglo XIX, la ‘guerrilla de recursos’ del peonaje se convirtió en un rasgo connatural del paisaje chileno. Sin embargo, la identidad del peonaje no se reducía *sólo* a su propensión delictiva. Decir ‘peón’ no era decir: ‘alguien *nacido* para transgredir el código patrimonial, legal y moral del patriciado chileno’. Lo que podríamos llamar ‘política externa’ del peonaje (su relación de guerrilla con el sistema mercantil del patriciado), en tanto expresión de ‘identidad’, no se reducía sólo al robo, el desacato y el saqueo. Es decir: sólo a la libertina búsqueda de recursos. Pues, si la conquista de recursos por cualquier medio era importante para el peón, más importante aun era el *destino* y *consumo* de los recursos así obtenidos. En verdad, los recursos se recaudaban para mantener, defender y aun expandir la *ancha vida real* del peonaje; que abarcaba: a) su familia (cuando la tenía); b) las relaciones de su red asociativa (por ejemplo: las mujeres de chingana, los camaradas de vagabundaje, los indígenas); c) sus posesiones (ranchos, hijos huachos, herramientas, animales, telares, hornos, etc.); d) sus fiestas de convivencia (productivas, de chingana, de pulpería, etc.); e) su actividad física (trabajos de todo tipo, viajes, asaltos, fugas); f) su identidad cultural (memorias, leyendas, conocimientos geográficos, lenguaje, bailes, comidas, etc.) y g) el recorrido incesante del país (por montañas, quebradas, desiertos, valles, selvas). Lo que revela que, tanto o más importante que los recursos en disputa eran la *red comunitaria* y la *patria peonales*. O sea: la identidad social y cultural de la supervivencia mestiza. Aquello que distanciaba y hacía diferente el inextinguible rescoldo del “bajo pueblo” frente al altanero crepitar de alto pueblo ‘chileno’.

En ese sentido, debe tenerse presente, en primer lugar, que el peonaje era, de modo notorio, de identidad y estatus *afuerino*. No sólo porque el contrato laboral precario lo unía y a la vez lo repelía del ‘sistema principal’, sino porque, por los mismo, vivía por fuera, pernoctando en un lugar u otro: o en ranchos aislados hundidos en los valles o colgando de los cerros; o en rancheríos, adueros y guangualíes suburbanos que la “ciudad culta” repelía asqueada por tratarse de “tendales” bárbaros, ajenos a la civilización occidental. Y también porque se le identificaba con términos asaz discriminatorios: “rotos”, “chinas”, “plebe”, “mataperros”, “putas”, “ladrones”, “bárbaros”, “hez de la sociedad”, etc. Asumiendo de lleno la condición afuerina del bajo pueblo, el Intendente Benjamín Vicuña Mackenna intentó separar en Santiago, por decreto, el pueblo occidental (culto) del pueblo peonal (bárbaro), a cuyo efecto hizo construir un “camino de cintura”, afuera del cual expulsó a los artesanos con sus fraguas y al peonaje con sus rancheríos¹⁸. Pero esa misma ‘exterioridad’ garantizó al peonaje, al menos, la permanencia secular de su identidad social y cultural, enquistada en su condición de ‘pueblo’ diferente y, a la vez, de ‘clase’ segregada. Y esto no era ni es

¹⁷ *Ibíd.*, capítulo VI.

¹⁸ El detalle de esto en G.Salazar: *Mercaderes, empresarios y capitalistas...*, op.cit., capítulo IV. Esta política discriminatoria se venía practicando, por parte de los grandes municipios urbanos, desde 1845, aproximadamente.

irrelevante, pues tal identidad contenía una vida comunitaria y valores humanos que merecían y merecen ser reconocidos y apreciados en lo que realmente eran. Porque fue en ese crisol afuerino donde los peones fraguaron su sinergia, su estrepitosa alegría de vivir, y aquello que les indujo a preferir siempre ‘lo propio’ sobre ‘lo patricio’.

En ese sentido, debe recordarse el rol específico que jugó la *autonomía social y cultural* del peonaje femenino, como también la *camaradería altanera* del peonaje masculino. Pues las mujeres de pueblo (que normalmente vivían solas en sus ranchos y “quintas”) constituyeron el polo gravitacional de la sociabilidad popular; la fiesta báquica donde desembocaban todos los trabajos, robos y delitos; el fogón en torno al cual se comía, bebía, bailaba y se entrecruzaban cara a cara todos los recuerdos, aventuras, asaltos, derroteros, rabias y temores. Y debe recordarse, además, que la camaradería masculina del peonaje (que se movía en colleras, tríos y gavillas) abría trabajosamente las fronteras mineras del norte, las fronteras ganaderas del sur, las campañas militares en la guerra, el asalto a los fundos de todas partes, el acoso inmisericorde a las casas patronales, la bravata insolente ante jueces y alguaciles, etc. La sumatoria histórica de lo femenino peonal y de lo masculino peonal inundó, por abajo, de sur a norte, todo el país. Como si fuera ‘otra’ majadera conquista del territorio; sólo que, esta vez, reducida a una gran ola de minúsculos (pero picantes) afanes de *micro-colonización*. Pues era un movimiento popular que buscó ansiosamente la tierra y sus recursos, más que la ‘occidental’ civilización mercantil del patriciado. Y por eso mismo, ser ‘afuerino’ respecto de esa civilización significó, por contraste, vivir ‘*tierra adentro*’, hundido en el territorio, agarrado a, e identificado con, los recursos del paisaje. El patriciado, en cambio, vivía y vivió añorando Europa. Emulando en detalle, a distancia, la cultura de sus élites renacentistas y/o románticas, feudales e imperiales. Peregrinando cada lustro, en rito y en liturgia, al Viejo Continente. ‘Volviendo’ a cobijarse bajo las antiguas ‘majestades’: la real, la papal, la ducal, la aristocrática y *snobista*. ...

¿Quién, por ventura, fue en Chile, durante el siglo XIX, el verdadero ‘afuerino’? ¿El bárbaro peonaje de “tierra adentro”, o el elegante patriciado de “tierra afuera”? ¿Quién tenía en sí la cultura auténtica, criolla, del país? ¿Quién no?

En segundo lugar, las redes y comunidades peonales de ‘tierra adentro’, de manera espontánea – no podían hacer otra cosa –, pusieron en movimiento formas de vida y conductas diferentes y, por tanto, *alternativas*. Precisamente por vivir encontrándose ‘de paso’ entre sí, pero a la vez en permanente relación laboriosa con el terruño (por trabajo, vagabundeo, marginalidad, imaginación y sentido de vida), el peonaje constituía una sociedad popular en sí misma, notoriamente distinta a la sociedad y al modo de vida patricio. No era, sin embargo, el típico modo de vida ‘campesino’ (en Europa el campesinado vivía ordenadamente en aldeas y villas), ni era tampoco el mismo modo de vida mapuche o pehuenche (que eran dueños naturales de la tierra y el paisaje). En realidad, era un modo de vida intensamente *necesitado* de la tierra, pero precariamente asociado a ella (eran ocupantes al paso, no propietarios perpetuos). Además, era un modo de vida tan visible como el paisaje mismo, pues eran incontables los que vivían de ese modo (era el estrato más numeroso de la población). Y siendo multitudes, sus contactos e interacciones *al paso* (miles de mujeres arranchadas ‘encontrándose’ con miles de hombres en tránsito perpetuo) transformaban su precariedad y transitoriedad en un oleaje caudaloso, en un torrente incontenible, dotado, pese a todo, de una intensa *vida social*, abierta, instantánea, directa, que era de muy difícil control desde fuera o desde arriba. A ratos, ese torrente, arrastrándose a ras de suelo, se abría camino por las

buenas o las malas, en lo propio y en lo ajeno, transformando todo lo que era, producía y robaba en la energía de recambio para continuar su movimiento... Claramente, el movimiento vital del peonaje dependía de los ‘recursos’ que recogía en su camino, pero también, y no poco, de su potente sinergia interior, de su identidad común, y de la ostensible relación de camaradería que observaba *consigo mismo*. Eso le daba una capacidad de resiliencia considerable. Había un fuerte contraste entre la notoria propensión internacionalista del patriciado y la fuerte vocación de arraigamiento a la tierra del bajo pueblo. De hecho, durante la mayor parte del siglo XIX, el bajo pueblo realizó un frenético intento por *micro-colonizar* los sitios vacíos y los intersticios del país y la sociedad principal, razón por la que no aceptó de buenas maneras la dudosa oferta de ‘peonización’ que le ofreció la elite dominante (que no era lo mismo que una oferta de ‘proletarización industrial’). La internacionalización de la elite contrastó, como se dijo, de modo diametral con la odisea arraigadora del bajo pueblo. Y el contraste contenía y reproducía, década tras década, la diferencia y el conflicto. Ya en 1826, un viajero: Eduard Poeppig, destacó la ostensible propensión del patriciado a europeizar su estilo de vida, y la evidente “falta de armonía” que eso tenía con la realidad social y cultural que, en congruencia con el territorio, hacía posible la vida en Chile¹⁹. Décadas después, en 1890, otro viajero: Theodore Child, observó el contraste polar que existía entonces entre la europeizada y culturalmente pálida elite chilena, y el tostado peón del bajo pueblo, rebosante de “color local”:

*“Mientras observábamos los paseantes de la plaza (donde damas y caballeros elegantemente vestidos se entremezclaban con hombres de poncho y sombreros de paja y con mujeres morenas vestidas con trajes de algodón y mantos negros), pudimos observar las marcadas diferencias que existen entre las clases sociales... En contraste con la clase alta, que carece de todo carácter particular pues luce y viste como los europeos, los peones llaman poderosamente la atención del viajero, porque son ellos los que dan al paisaje urbano y rural su carácter chileno, y son ellos los que forman los ejércitos victoriosos de la refortalecida república...”*²⁰.

El peón se construyó a sí mismo protagonizando la *odisea homérica* de extraer vida precaria de la tierra productiva del país (que no le pertenecía) y de los excedentes acumulados por el sistema mercantil (que tampoco le pertenecían). Y esa odisea – una virtual tarea ‘de Sísifo’ – exigió de él, siempre, tenacidad, audacia, camaradería, esfuerzo físico, resiliencia, altanería, conocimiento práctico de la geografía económica del país, violencia en la defensa, violencia en el ataque, etc. Vivir ‘a lo Sísifo’ era una aventura que demandaba, en todo momento, lo máximo de sí mismo. La memoria del peonaje, por tanto, estuvo siempre llena de recuerdos y relatos legendarios en constante renovación, acerca de repetidos *encuentros desiguales* con montañas enormes, abismos insondables, desiertos, animales, bosques, yacimientos, mitos, fantasmas, hambre, entierros, ejércitos, jueces ‘enemigos’, etc. La pobreza y la exclusión, al estar siempre enfrentadas a todo eso, constituían un tipo de vida alucinante, riesgosa, sobre el filo de la navaja, a un paso de la muerte, obligadamente asertiva y, por lo mismo, entretenida ‘por necesidad’. Sobrevivir así era alimentar, día a día, el orgullo de ‘ser como se era’; o sea: *oriundo de sí mismo*. La altanería del roto se extendía por el territorio, pues, como desierto florido. Por eso bastaba que tres o cuatro peones se encontraran en los cerros, y

¹⁹ Eduard Poeppig: *Un testigo en la alborada de Chile (1826-1829)* (Santiago, 1960. Editorial Zigzag), pp. 107-108.

²⁰ T. Child: “Urban and Commercial Chile”, en *Harper’s Monthly Review*, 81 (New York, 1890), p. 911.

allí mismo, de sólo mirarse, surgía una célula de camaradería alternativa: una banda de cuatrerros, un operativo de asaltantes. Lo mismo ocurría en los “encierros de hombres” que las mujeres de chingana solían tener, enfiestados, en sus ranchos. La vida y la acción ‘alternativas’ surgían, pues, aquí y allí, de repente, por generación espontánea, insolentes y atrevidas, para esfumarse luego en la noche, en los cerros, como si nunca hubieran existido. Salvo en el recuerdo. O en el terror nocturno del propietario. Una vida que se atrevía, que daba el zarpazo de su reproducción para luego desaparecer y, a escondidas, proscrita, llenarse de más vida, no podía menos que celebrarse a sí misma. Por eso, las celebraciones del peonaje, el bacanal de las chinganas, eran un ejemplo de fiesta, de carnaval comunitario. Nada parecido al estirado “sarao” y las rebuscadas “tertulias” del patriciado. Por eso, las elites, nerviosas más que curiosas, bajaban en sus coches y victorias (por ejemplo, en Valparaíso) hasta los suburbios (el Almendral), para fisgonear (“vichiar”) cómo, con qué fuerza y desenfado, el mundo de los rotos se divertía en la noche o en el día, con escándalo y bullicio, sin complejos ni inhibiciones. Tanto, que, poco a poco, la juventud patricia se deslizó, subrepticamente, como a escondidas, hacia el fogón de las chinganas (fue el caso del no tan joven ministro Diego Portales). La *economía popular*, que respaldaba todo eso, que estaba hecha de esfuerzos productivos, salario ocasional, trueques, favores recíprocos, robos, saqueos y mucho intercambio “regatón”, se coronaba también con fiestas (¿por qué no?), lo mismo que los patricios en sus palacios. Sólo que con esa alegría sin límites que surge de la aventura de ganarse la vida a costa de derrotar, día a día, a la escasez, al peligro, a la muerte²¹.

En tercer lugar, la conducta peonal fue, además, una conducta *históricamente rebelde*. La condición de ‘afuerino’ y el carácter ‘alternativo’ de la ontología socio-cultural del peonaje produjo no sólo acciones delictivas sino también, y no poco, acciones de desacato, alzamiento y rebelión. Las autoridades subalternas del Estado portaliano (alcaldes, subdelegados, gobernadores, inspectores, jueces, alguaciles) se hallaron a menudo, frente al peonaje, en situaciones en que eran desobedecidas, insultadas y aun atacadas por peones “alzados” (hombres y mujeres). A eso se agregaba las múltiples “combinaciones” (era el término usado en terreno) que urdían los peones para atacar las haciendas, las casas patronales, los trapiches, las cárceles, las villas y, aun, en ciertos casos, los cuarteles, lo cual involucraba un ataque directo a la propiedad, la autoridad y ‘la sociedad’. Tuvieran o no tuvieran esas combinaciones connotación ‘política’ (en el sentido de operar con lógica estatal *contra* el Estado), el patriciado y el Estado patricio vivieron siempre, a pesar suyo, ante una situación de *inminente levantamiento popular*. Y esto significaba que, pese a sus esfuerzos político-militares, el patriciado mercantil no logró nunca cerrar por completo la cohesión de todos los habitantes del territorio en torno a su propuesta (mercantil y autoritaria) de Estado ‘nacional’ y, por lo mismo, de ‘Nación’. De hecho, quedaron fuera de ella, o en el umbral, el pueblo mestizo y los pueblos indígenas. Sus repetidas victorias militares sobre todos ellos no lograron (y no era su propósito efectivo, además) realizar la integración cívica e histórica de lo que después los mismos vencedores llamaron, con orgullo, ‘nación’²². Su incapacidad para promover un auténtico desarrollo capitalista conspiró también, en retaguardia, para que *no* se produjera la integración económico-social efectiva de todos los habitantes del país, pese a los triunfalistas discursos político-militares.

²¹ Un mayor desarrollo de este tema en G.Salazar: *Mercaderes, empresario y capitalistas...*, op.cit., capítulo IV.

²² Mario Góngora reprodujo la tesis de ‘los vencedores’ en su conocido trabajo: *Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile, siglos XIX y XX* (Santiago, 1981. Editorial Aconcagua), *passim*.

Por tanto, las deficiencias acumuladas del liderazgo ‘nacional’ tuvieron un innegable coletazo *político* en el hecho estructural de que la mayoría de la población ‘autóctona’ del país viviera en una endémica actitud de pre-levantamiento. La conducta cotidiana del peonaje no era ‘política’ de por sí (se movía por fuera del Derecho, no pretendía participar en el Estado patricio, ni pretendía construir un Estado alternativo) puesto que su rebeldía emanaba, en lo esencial, de un imperativo básico de supervivencia y, además, de la identidad alternativa que brotaba de allí. Sin embargo, esa rebeldía formaba parte también, quiérase o no, de un *todo político*, constituido, precisamente, por el remolino socio-histórico que revolvía y afiebraba al proyecto de dominación manejado por el patriciado mercantil. Los delitos, desacatos y alzamientos del peonaje disparaban esquirlas de todo tipo contra el tejido nervioso de ese todo político, produciendo en él estremecimientos, molestias, temores e iracundias que, en rigor, no podían leerse adecuadamente sino en clave política. La guerrilla de recursos – que duró casi dos siglos – no puede entenderse, en ese plano, sino como una persistente migraña que afectó la cabeza y los bolsillos del sistema estatal y mercantil del patriciado. Sobre todo a partir de 1845. Un ‘factor’, por tanto, que erosionó incansablemente el derecho de propiedad, la autoridad local, la ley en todos sus niveles, la moral católica, la tranquilidad de las familias constituidas, los costos de producción, la imagen externa de la República, la conciencia cívica de los gobernantes, etc. Y todo eso no era un asunto baladí, pues, a fin de cuentas, configuraba un hábito multiseccular, por parte del bajo pueblo, de *desacato permanente al liderazgo establecido*. Propensión que contribuyó, paso a paso, poco a poco, a complicar y profundizar el desequilibrio interno y el desquiciamiento histórico del célebre Estado “en forma” del patriciado. Restando sustancia de realidad al discurso apologético de los políticos de ese tiempo y de los historiadores ‘patricios’ que lo han exaltado y mitificado hasta el día de hoy. Y debe recordarse que se trata del mismo Estado que, como se sabe, colapsó lastimosamente a comienzos del siglo XX. Pues bien: la persistente labor de zapa de la guerrilla peonal perforó en varios puntos la fortaleza política del patriciado, reblandeciendo su discurso de gobernabilidad. Y fue por esos mismos boquetes donde entrarían después (a fines del siglo XIX y comienzos del XX), con mayor intencionalidad política, las recordadas “combinaciones mancomunales”, el “poder constituyente de asalariados e intelectuales” y los proyectos formalmente políticos de las sociedades mutuales, las sociedades de resistencia, el movimiento obrero y el despertar de la ciudadanía en general²³.

Es por eso una materia a evaluar en la historicidad fina si la corrosión ‘política’ que el peonaje infligió al sistema mercantil a través de su levantisca guerrilla de recursos y su pasiva, arcaica, pero gravitante “cuestión social” fue también *decisiva* en la crisis terminal que afectó a ese sistema a comienzos del siglo XX, fase en la que participó activamente la “clase trabajadora” asalariada y organizada²⁴. El movimiento de la ‘clase’ popular chilena tendió, desde comienzos del siglo XX, a realizar una ‘oposición política’ nutriéndose de la cultura sociocrática brotada del movimiento mutualista criollo y, en medida menor, de la ideología europea de la lucha de clases. El peonaje de 1900, en cambio, se nutrió, en gran parte, todavía, de la ‘cultura de supervivencia’ que,

²³ G.Salazar: *El poder constituyente de asalariados e intelectuales. Chile, siglos XX y XXI* (Santiago, 2009, LOM Ediciones).

²⁴ Se suele señalar que el “problema social” corresponde a la fase 1890-1930, cuando el *proletariado industrial* dio inicio a la ‘lucha de clases’ contra la clase patronal y el proceso inflacionario. A decir verdad, el “problema social” chileno, referido al estado en que se encontraba el *pueblo mestizo*, es muy anterior, ya que data desde el siglo XVII, cuando menos.

sobre el territorio nacional y en guerrilla constante contra el sistema mercantil, había acumulado el pueblo mestizo a lo largo del siglo XIX. Esa cultura, como se dijo, acumuló un verdadero arsenal de ‘prácticas de acción rebelde’ que – no podemos negar – todavía estaba viva a fines de siglo en la memoria popular, constituyendo un legado histórico de anchura suficiente como para que sobre él germinaran, como en tierra roturada, todos los proyectos revolucionarios, de obreros o/y de ciudadanos. Porque el peonaje, tal vez, no entendió del todo la política *estatal* de los revolucionarios, pero nunca dejó de entender que él había estado luchando desde siempre contra el mismo *sistema dominante* que se quería cambiar en tanto que ‘sistema’. Por esto, la ortodoxia política que pudieron revestir el movimiento obrero y los partidos políticos ‘de clase’ no puede desconocer ni anular ni contraponerse a la legitimidad histórica y ‘política’ de la cultura rebelde del peonaje. De hacerlo, sería realizar lo mismo que el patriciado hizo con el pueblo mestizo y los pueblos indígenas, a saber: *cerrar una concepción política dejando fuera a la mayoría marginal del territorio*. La ortodoxia teórica puede postular que posee los objetivos, medios y programas ‘correctos’ o ‘convencionales’ del proyecto histórico-político de la clase trabajadora, pero eso no asegura ni conlleva de por sí la *fuerza social y cultural de los pueblos autóctonos* del país (o sea: su memoria “bárbara”), pues ningún proyecto político formal puede tener, a más de su potencial de ‘posibilidad’, el de la *factibilidad histórica*, sin asociarse e imbricarse con el *poder* de la memoria viva, real, proveniente de ‘la tierra’...

II.- Los delitos del peonaje (Análisis de una muestra judicial)

El objetivo de esta sección es examinar la anatomía cuantitativa de los delitos cometidos por el peonaje en conformidad a la información contenida en los archivos judiciales del período 1820-1860. La descripción que se expondrá a continuación está basada en la revisión y sistematización de 779 casos delictivos, que involucraron en su momento un total de 1.439 individuos. No se incluyeron en el análisis los delitos que no dieron lugar a proceso, pese a que es posible examinarlos en fuentes no-judiciales. En este último caso está la mayoría de los que fueron perpetrados en períodos de crisis y trastorno del orden público (guerras de la Independencia y convulsiones socio-políticas de 1829, 1836, 1848, 1851 y 1859), casos que serán examinados en otro trabajo. El análisis cuantitativo de este acápite se ha empleado sólo para discernir los rasgos globales y los tipos delictivos más recurrentes de lo que hemos llamado “guerrilla de recursos”

Desde la década 1750-1760, las autoridades locales del Estado colonial informaron con insistencia que los delitos peonales – desde el hurto simple hasta el asalto con violencia armada – aumentaban de modo vertiginoso. En las comarcas del sur, por ejemplo, se temía hacia 1767 que “los muchos mestizos y españoles forajidos, ladrones y salteadores declarados” pudieran, eventualmente, asociarse con los indios pehuenches de las montañas de Ñuble. Se creía que, si los forajidos blancos se asilaban entre los pehuenches “tendrán en ellos su Rochela, y desde allí se harán fuertes para cometer aun mayores insultos que hasta aquí”²⁵. Cuarenta años después, a comienzos del siglo XIX, ese temor se había vuelto realidad: los “forajidos blancos” (que, en rigor, eran en su mayoría mestizos) habían ampliado sus actividades a lo largo y ancho del país. De hecho, durante el período 1810-1832 los delitos del peonaje alcanzaron sus ciclos de

²⁵ Citado por M.Góngora en *El vagabundaje en una sociedad fronteriza* (Santiago, 1966. CESO), p. 25.

máxima virulencia²⁶. El temor original a la Rochela delictiva dio paso a políticas formales para intentar contener la avalancha de delitos consumados. En 1815, por ejemplo, el general Mariano Osorio declaró que eran “escandalosos y gravísimamente perjudiciales los repetidos robos (que se cometen) así en esta capital como en el campo y los caminos”²⁷. El general O’Higgins, como se vio, había declarado lo mismo en 1819. Por su parte, los regidores del Cabildo de Valparaíso informaban en 1821 que “en toda la ciudad el número de ociosos y mal entretenidos aumenta todos los días, siendo incontables los robos y asaltos que se cometen”²⁸. En 1822 se informaba desde Linares que “ya es intolerable la multitud de forajidos que infestan este distrito”²⁹. Y en 1824 las autoridades de Talcahuano reportaban que “se están haciendo insoportables los robos cometidos por vagabundos y forasteros, tanto en este puerto como en los campos vecinos”³⁰. Abundan los informes de este tipo en los archivos municipales para todo el período 1820-1832,

Entre 1831 y 1835, aproximadamente, la ola delictiva pareció sumirse en un ciclo de reflujo. Es probable que esta ‘depresión’ haya obedecido a las políticas policiales del ministro Diego Portales, quien mejoró la condición económica y disciplinaria de los cuerpos policiales a la vez que aplicó draconianas medidas a los “forajidos” apresados y por apresar (como lo demostró, por ejemplo, con las jaulas de hierro que hizo construir para los presidiarios que reparaban el camino de Santiago a Valparaíso). Las autoridades locales de Santiago y de varias villas del sur acusaron un descenso notorio en sus estadísticas sobre delincuencia³¹. Con todo, no ocurrió lo mismo en Valparaíso y en los distritos mineros, donde las trasgresiones peonales no sólo continuaron, sino que también se agudizaron, en cantidad y violencia, probablemente porque, después de 1832, se inició una fuerte emigración de peones a esas comarcas, atraídos por la minería del oro y la plata (*boom* de Chañarcillo).

El reflujo delictivo fue breve. Después de 1835 la delincuencia aumentó de nuevo en todas las provincias. Pronto alcanzó el nivel de virulencia que había tenido durante el ciclo 1810-1832, llegando incluso, en ciertos aspectos, a superarlo. Recuérdese que tanto en el período 1820-1824 como en el de 1838-1840 estallaron en el sur gravísimas hambrunas, que afectaron de lleno a los más pobres del campo y la ciudad³². El aumento continuó a todo lo largo de la década de 1840-1850, pese a la consolidación del Estado autoritario y pelucón constituido en 1833. El clímax se alcanzó, precisamente, cuando ese Estado se hallaba en su apogeo: entre 1847 y 1853. Desde 1854, sin embargo, la tasa delictiva tendió de nuevo a decrecer, sólo que levemente, tal vez por el incremento de la producción minera en el norte, la aparición progresiva de la industria en el centro y la emigración al exterior (a Australia y California) de grandes masas de peones. Pero la virulencia delictiva se mantuvo en un rango elevado hasta más allá de 1900.

Un ejemplo de lo que las autoridades llamaban “incontables e intolerables” latrocinios y otros delitos fue lo que se constató en el Departamento de Chillán, en 1839 (año de

²⁶ Los trabajos recientes del profesor Leonardo León sobre la plebe del cambio de siglo describen esta situación con detalle.

²⁷ En ACV, vol. 3 (1801-1826), fs. 219-220.

²⁸ *Ibíd.*, vol. 2 (1804-1827), f. 127.

²⁹ Archivo de la Intendencia de Concepción (AIC), vol. 5 (1822), Linares, 14 de enero.

³⁰ *Ibíd.*, vol. 69 (1824), Talcahuano, 19 de agosto.

³¹ Ver AIC, vol. 141 (1833-1837), Talcahuano, 14 de mayo de 1833; vol. 13 (1834), La Laja, 1º de marzo de 1834; vol. 127 (1834), Puchacay, 21 de enero, y vol. 145 (1834), Puchacay, agosto y meses siguientes.

³² Estas hambrunas están descritas en G.Salazar: *Labradores, peones y proletarios...*, op.cit., capítulo I.

hambruna en el sur). En ese año las autoridades registraron 936 robos en esa circunscripción, lo cual significaba que el cuerpo policial – que estaba compuesto de sólo 6 individuos – debía resolver 2.6 robos diarios; o sea: 78 al mes. Es evidente que la policía de ese departamento estaba sobrepasada. En otras localidades, como Guindos, Roblería o Trilaleu, la tasa era entre 15 y 20 robos al mes, especialmente entre junio y octubre. En años de bonanza relativa, como fue el de 1840, el Departamento de Chillán vio reducir la cantidad de robos a 246. Las cifras que aquí se citan no incluyen otros tipos de delitos o aquellos que no quedaron registrados en los archivos judiciales. Puede colegirse que la marea delictiva era aun más caudalosa de lo que aquí se anota³³. La mayor parte de los robos eran de animales. Las autoridades de Los Angeles habían informado en 1834 que, en su distrito, sólo en el mes de enero habían sido robados 2 bueyes, 7 vacas, 23 yeguas, 14 caballos y “como 70 entre cabras y ovejas”³⁴.

El notable incremento de los delitos peonales después de 1835 se correlacionó con el inicio de la crisis del campesinado de ‘tierra ajena’ (inquilinos) y de ‘tierra adentro’ (labradores) y la hambruna que se desencadenó en el sur desde 1837. Coincidió con las levadas militares que recorrieron los campos para reclutar tropas para el Ejército que combatió la Confederación Perú-Boliviana. También con el inicio de la represión hacia las mujeres “abandonadas” (arranchadas), el acoso a las placillas mineras de libre-comercio y la profundización de la sequía monetaria del mercado interno³⁵. A su vez, el reflujó relativo de la ola delictiva después de 1853 coincidió con el incremento de las inversiones reproductivas del patriciado criollo y, sobre todo, de los *merchant-bankers* y “mecánicos” extranjeros³⁶. Obsérvese la Tabla N° 1:

TABLA N° 1:
TIPOS Y FRECUENCIA DE DELITOS PEONALES
(1820-1854)

Quinquenios	R o b o s				Asaltos y		Desacatos		Otros		Total Delitos N = 100
	Animales		Especies		Agresiones		Rebeliones				
	N°	%	N°	%	N°	%	N°	%	N°	%	
1820-1824 *	8	19.0	5	11.9	20	47.6	1	2.3	8	19.0	42
1825-1829	20	28.5	17	24.2	12	17.1	6	8.5	15	21.4	70
1830-1834	20	39.2	8	15.6	7	13.7	7	13.7	9	17.6	51
1835-1839	24	21.2	20	17.6	24	21.2	27	23.8	18	15.9	113
1840-1844	29	23.0	29	23.0	28	22.2	21	16.6	19	15.0	126
1845-1849	67	20.3	68	20.6	51	15.4	60	18.1	84	25.4	330
1850-1854*	12	25.5	20	42.5	4	8.5	6	12.7	5	10.6	47

* = Información insuficiente.

37

³³ AIC, vol. 182 (1839-1840), Chillán, “Estadística de robos”.

³⁴ Ibídem, vol. 13 (1834), La Laja, 1° de marzo.

³⁵ Mayores referencias sobre esta coyuntura en G.Salazar: *Labradores, peones y proletarios...*, op.cit., y en *Mercaderes, empresarios y capitalistas...*, op.cit., capítulos I y IV, respectivamente.

³⁶ Ver de ídem: *Historia de la acumulación capitalista en Chile* (Santiago, 2005. Ediciones LOM).

³⁷ La información está basada en los archivos judiciales correspondientes a los departamentos de la provincia (antigua) de Concepción y a los del sur de la provincia (antigua) de Santiago. No se incluyó el material contenido en el Archivo Judicial de Santiago. Debe tomarse en cuenta que, antes de 1829, la mayoría de los delitos comunes del peonaje no daba lugar a la formación de causa judicial. Los jueces podían actuar a su arbitrio, ateniéndose sí a una tabla general de castigos. Esto explica la dificultad de

Nótese que para el período 1825-1834, los ‘robos de animales y especies’ representaron más del 50 % de los delitos computados, en tanto que en el período siguiente 1835-1849 representó sólo 40 %. En cambio los ‘asaltos y agresiones’, que al parecer fueron altamente frecuentes en el período 1820-24 (acaso como rezago del período de montoneras populares y maloqueo), descendieron después casi a la mitad. Distinto es el caso de las acciones de ‘desacato y rebelión’ que, habiendo totalizado menos del 10 % de los delitos perpetrados por el peonaje entre 1820 y 1829, después de 1830 *duplicaron* ese porcentaje. En conjunto, la Tabla N° 1 sugiere que la delincuencia peonal mantuvo su alta tasa de inclinación al robo a todo lo largo del período estudiado, pero con una reducción significativa de la violencia física empleada (sobre todo entre ellos mismos) y un *aumento más significativo aun (100 %) de las acciones de “desacato y rebelión” después de 1830*. La culminación de este proceso ocurrió, claramente, hacia 1850. Que fue también la fase en que estalló la guerra civil de 1851.

Es notable el hecho de que *la forma* en que evolucionó la delincuencia peonal después de 1830 correspondió a una etapa en que, de una parte (como se dijo), el régimen autoritario-pelucón fundado en 1830 se consolidaba a grado arquetípico, y de otra, cuando los caudillos realistas que habían incentivado en el sur la guerrilla indígena-mestiza contra la Patria (después de la batalla de Maipú) ya no existían. Es decir: cuando ya no había guerra entre las facciones del patriciado. Por tanto, la permanencia de la delincuencia peonal acorde sus tasas históricas, con el agregado de un aumento notable de su propensión al “desacato y la rebelión”, sólo podría explicarse por: a) como *reacción* a la política mercantil-monopolista introducida por el grupo pelucón-estancero después de 1830, que privilegió el libremercado por sobre el masivo ‘social-productivismo’ y, b) por el *incremento endógeno* (por decantación creciente de su identidad socio-cultural) de la rebeldía global del peonaje. Todo indica que la aplicación autoritaria de la política económica de los mercaderes chilenos – que aplastó el proyecto productivista de artesanos, labradores y pirquineros – llevó la situación del peonaje, junto con la de esos ‘micro-empresarios’, al auto-desbordamiento y, junto con ello, a la pulverización de las barreras policiales (locales) de contención. La década de 1850, que registró dos guerras civiles, no fue sólo, por tanto, un ‘nuevo’ desencuentro del patriciado consigo mismo (conflicto entre conservadores y liberales), sino también la reacción masiva de la ‘clase’ popular (pueblos indígenas y mestizos sumados, y micro-empresariado popular y peones también) contra el ya longevo sistema de dominación basado en el patriciado mercantil.

La Tabla N° 2 (que da cuenta de la identidad laboral de los individuos involucrados en los delitos que registran los archivos judiciales para el período 1820-1860), muestra que la ‘guerrilla de recursos’ del peonaje incluyó también a *múltiples trabajadores del sector micro-empresarial* de la clase popular (labradores, artesanos, pirquineros, capataces, etc.). Se trataba, pues, de un movimiento popular (plebeyo) más amplio y complejo que el que impulsaba, por sí sola, la ‘barbarie’ peonal. En este trabajo se examina en particular, como se ha dicho, la actividad trasgresora del peonaje; sin embargo, dentro del movimiento ‘delictivo’ de rebelión, el peonaje *nunca estuvo solo*: fue siempre ‘parte’ de un todo más amplio. Es lo que permite clasificar también la ‘guerrilla de recursos’ como un movimiento rebelde del ‘conjunto’ de la clase popular o

plebeya, dentro del cual el estamento peonal era, qué duda cabe, el mayoritario. Obsérvese la Tabla N° 2:

TABLA N° 2:
OCUPACIÓN DE LOS INDIVIDUOS
INVOLUCRADOS EN DELITOS
(1820-1860)

Individuos	Robos	Asaltos y Agresiones	Desacatos y Alzamientos	Delitos Sexuales	Otros	Totales	
						N°	%
Empleados	1	-	1	-	1	3	0.5
Marineros	-	-	1	-	1	3	0.5
Capataces	4	2	2	-	2	10	1.7
Soldados	8	7	3	1	5	24	4.2
Mujeres	8	2	3	9	5	27	4.7
Comerciantes	14	6	3	1	6	30	5.2
Peones Mineros	14	8	11	5	10	48	8.4
Artesanos	34	14	11	-	9	68	11.9
Labradores	60	24	22	-	13	119	20.9
Peones (U&R)	137	31	37	7	24	236	41.5
Totales	280	95	94	23	76	568	

(U&R) = Urbanos y Rurales

38

En el Cuadro N° 2 pueden obtenerse varias constataciones de alto interés: a) en las acciones delictivas perpetradas durante el período 1820-1860, el *peonaje urbano-rural representó sólo el 41.5 % de los involucrados* (cifra que aumenta al 49.9 % si se le agrega el peonaje minero), en tanto los trabajadores no-peonales compusieron la mayoría o una cantidad similar (entre 49.5 y 41.1 % del total); b) las acciones de ‘desacato y levantamiento’ eran de una alta frecuencia, similar a las de ‘asalto y agresión’, muy superiores a las de ‘otros’ delitos, e inferior sólo a las de robos y latrocinios; c) los trabajadores de situación laboral en crisis (peones, labradores y artesanos) estuvieron mucho más involucrados en acciones delictivas que los trabajadores con una situación más estable y menos oprimida (87 % contra 12 %, respectivamente), y d) en los archivos consultados no se registraron delitos ‘criminales’ perpetrados por individuos de condición social alta (profesionales, empleados de alto rango, hacendados, oficiales y mercaderes).

La Tabla N° 2, lo mismo que la N° 1, como se dijo, no incluyen los datos relativos a la provincia de Santiago. Este vacío pudo ser llenado parcialmente, sin embargo, con los datos correspondientes a los presos comunes que escaparon en 1831-32 de las islas Juan Fernández, donde se hallaban reclusos. De ellos, la mayoría (68 sobre un total de 80) provenían de Santiago y distritos colindantes: Colchagua, La Calera y Rancagua. Las autoridades de entonces registraron su nombre, origen, ocupación y edad. El conjunto de estos datos permitió construir un “grupo de control” respecto de la muestra utilizada en las Tablas 1 y 2. Obsérvese, pues, la Tabla N° 3:

³⁸ Ver Nota N° 31.

TABLA N° 3:
OCUPACIÓN DE LOS PRESIDARIOS
FUGADOS DE JUAN FERNÁNDEZ (1832)

Individuos	Número	Porcentaje
Profesionales	1	1.2 %
Empleados	1	1.2
Soldados y Vigilantes	2	2.5
Comerciantes	6	7.5
Artesanos	15	18.7
Labradores	18	22.5
Peones (general)	37	46.2
Total	80	

³⁹

Debe considerarse que la mayoría de estos presidiarios habían sido cogidos en las redadas policiales tendidas durante el ministerio de Diego Portales, e incluía no sólo a delinquentes comunes, sino también a los que se habían opuesto al golpe militar perpetrado por el grupo estanquero-pelucón en 1829-30. Se puede constatar, en todo caso, la notable correspondencia entre los datos de la Tabla N° 3 y los de las Tablas 1 y 2. De nuevo el peonaje, aunque es el grupo particular mayoritario, copa sólo el 46.2 % del total de los que cometieron delitos contra el sistema, apareciendo fuertemente asociado, otra vez, con los labradores y los artesanos. En la Tabla N° 3 no figura el peonaje de minas, como tampoco el peonaje femenino.

Se deduce de lo expuesto más arriba que el creciente movimiento delictivo posterior a 1832 estuvo liderado por la *dupla rural* peón-labrador, por la *dupla urbana* peón-artesano y por la *dupla minera* (placillera) peón-comerciante. La formación de estas duplas (o “colleras”) tuvo como matriz fertilizadora, en el campo, la desintegración progresiva de la economía autárquica de inquilinos y labradores; en las ciudades, la regresión forzada que experimentó el proceso de industrialización ‘desde abajo’ promovido por los artesanos, y en las zonas mineras, la desintegración total del pirquineraje popular y la desmonetización creciente del salario peonal. Todas estas ‘regresiones’ constituían el subproducto – como se vio – de la formación y reforzamiento de los mecanismos de acumulación ‘compensatoria’ del patriciado mercantil. De ahí que los afectados (micro-empresarios populares en su estatus original, de partida; peones ambulantes en su estatus final, de llegada) nutrieran desde diversas vertientes la ‘guerrilla de recursos’, teniendo a la larga, como grupo mayoritario, el estatus sedimentario del peonaje. Sin embargo, preciso es decir que el peonaje *no* estaba constituido sólo por micro-empresarios populares en trance de ‘peonización’ (o de proletarización), sino también, y mayoritariamente, por la juventud marginal que *no* lograba ubicación estable en las celdillas laborales del sistema económico dominante. En este sentido, cabe retener que los involucrados en los delitos que registraron los archivos judiciales entre 1820 y 1860 tenían, al momento de ese registro, entre 19 y 26 años de edad, como promedio. Véase la Tabla N° 4:

³⁹ AIC, vol. 196 (1832), Ministerio de Guerra, 25 de enero.

TABLA N° 4:
EDAD DE LOS INDIVIDUOS INVOLUCRADOS
EN DELITOS PEONALES (1820-1860)

Tramos de Edad	Solteros	Casados	Total	Porcentajes
15-18	16	0	16	12.0 %
19-22	23	4	27	20.3
23-26	30	13	50	37.6
27-30	8	10	23	17.3
31-34	4	0	4	3.0
35-38	3	1	4	3.0
39-42	2	2	5	3.7
Más de 42	0	4	4	3.0
Totales	86 (71 %)	34 (28 %)	133 *	

* = Incluye los peones que no declararon su estado civil.

40

La edad promedio del peón delincuente era, pues, de 25 años y 4 meses. Demasiada edad para que el factor ‘juventud marginal’ fuera por sí sólo el detonante del delito, y demasiado poca para que el factor ‘crisis del micro-empresariado popular’ lo fuera por sí mismo. La edad de 25 años promedio sugiere, más bien, la concurrencia de *ambos* factores. Y esto, de ser así, sugiere a su vez que la ‘guerrilla de recursos’ no era, en manera, exclusiva, producto de la barbarie ‘natural’ del peonaje, sino, más bien, de la reacción rebelde del conjunto de la ‘clase’ popular de entonces (o, si se quiere, de los pueblos mestizo e indígena mancomunados). Se observa también que sólo el 25 % de los peones de menos de 30 años que fueron procesados estaban casados, lo que sugiere que los casados se emparejaron formalmente sólo cuando tenían entre 25 y 30 años de edad. Al parecer, al cumplir 25 años, el peón enfrentaba un momento crítico de su vida, pues debía decidirse si formaba familia o no, y al mismo tiempo, si incrementaba su propensión a obtener recursos por la vía delictiva o no. En cualquier caso, para la mayoría, la vida delictiva se iniciaba antes de los 25. Los datos indican que la mayoría de los peones de más de 23 años que fueron sometidos a interrogatorio por delitos cometidos confesaron haber estado con anterioridad en la cárcel *de 3 a 4 veces*. La edad promedio de los labradores y artesanos al momento de ser interrogados era superior al del peonaje simple (más de 30 años en general), y mayor también el número de ellos que estaba casado. Pero muchos de ellos confesaron también haber estado presos con anterioridad, de 2 a 3 veces.

La lista de prófugos del presidio de Juan Fernández corrobora los datos de la Tabla N° 4, pues 8 de ellos (10 %) tenía menos de 20 años; 55 (68 %) entre 21 y 30 años; 10 (o sea: 12.5 %) entre 31 y 39, y tan sólo 7 (8 %) sobre 40 años. Y del total, sólo 30 (35 %) se hallaban casados. Debe considerarse que estos cálculos incluyen no sólo peones, sino el total de prófugos.

Como se verá luego, rara vez los delitos perpetrados por el “bajo pueblo” eran ejecutados por individuos solos. Normalmente, el delito era una acción grupal. Sin embargo, sólo por excepción se encuentra grupos ‘organizados’ de manera estable. Lo que sí aparece con alta frecuencia es una asociación ‘*en red*’; esto es: un agrupamiento

⁴⁰ Como Nota N° 31.

basado en una aceptación espontánea e intuitiva entre los individuos que se “combinaban” para una acción grupal (condición de ‘camarada’, esto es: sentido de pertenencia a un mismo y reconocido estrato social) y en la improvisación de las acciones que realizaban. Si se considera la alta propensión ambulatoria del peonaje, el contacto generalmente ocasional entre ellos (al paso, en sus “paradas”) y el hecho de ser, en su conjunto, un estrato social sujeto a permanente ‘sospecha y represión’, era altamente improbable e incluso disfuncional la formación de bandas permanentes u organizaciones estatutariamente constituidas. La ‘guerrilla de recursos’ del siglo XIX no incluyó nunca nada parecido al “crimen organizado”. Las redes y grupos peonales se aglomeraban y dispersaban, para re-aglomerarse en otro lugar y dispersarse de nuevo, dando así forma a un oleaje perpetuo. Nada realmente sólido permanecía sobre la anchura del movimiento global. Las ‘bandas’ y ‘gavillas’ eran, casi todas, agrupaciones de corta vida, dotadas de un alto grado de informalidad y, a la vez, de improvisación, pero se sustentaban firmemente, en el fondo, sobre un espeso mar de memoria, identidad y cultura peonales, matriz común sobre la que nadaban fluidamente, en latitud y longitud. Las declaraciones de los presos, en efecto, revelan que la abrumadora mayoría de las ‘operaciones delictivas’ se improvisaban en terreno (se “combinaban”, según la expresión usada)⁴¹. Eso se traducía en un movimiento trasgresor de emergencias y subsidencias que nunca la policía local (ni las autoridades estatales) pudieron, ni entender, ni atrapar, ni erradicar por completo. Sólo los rancheríos de montaña (“nidos” de bandidos) y las montoneras de la etapa previa a 1832 mostraron una ‘organización’ (que evolucionó de una condición de ‘red’ a una condición de ‘comunidad local’) más compleja, multi-funcional y jerarquizada. La Tabla N° 5 se ha elaborado para dar algo de luz cuantitativa al fenómeno de la asociatividad delictiva del peonaje (o del “bajo pueblo”, si se toma en cuenta que el peonaje nunca delinquiró solo):

TABLA N° 5:
NÚMERO DE PARTICIPANTES POR TIPO DE DELITO (1820-1860)

Tipo de Delito	Casos	Participantes	P/C
Vagabundaje	2	7	1.4
Delito Sexual	30	48	1.6
Fugas de la Cárcel	38	61	1.6
Robo de Metales	22	37	1.7
Robo de Especies	117	202	1.7
Robo de Animales	145	282	1.9
Agresiones/Violencia	76	171	2.3
Desacatos	56	155	2.8
Asaltos	39	114	2.9
Alzamientos	12	206	17.2
Totales	540	1.283	Promedio: 2.3

⁴²

Es evidente – como se anticipó más arriba – que los delitos perpetrados por el peonaje entre 1820 y 1860 fueron operaciones realizadas por *grupos* constituidos, en promedio, por dos o tres individuos (aunque, caso a caso, puede hallarse “bandas” más numerosas

⁴¹ El análisis empírico de esta ‘táctica’ popular se realizará en otro trabajo.

⁴² Como Nota N° 31.

en las áreas rurales, y “pobladas” de varias decenas de individuos en las zonas urbanas). Y es altamente significativo el hecho de que las acciones más definidamente *rebeldes*, como era el caso de los desacatos y alzamientos, marcaron siempre la concurrencia de los grupos más numerosos. No hay duda que el “alzamiento” conllevó la presencia de una incipiente “masa popular” (a pie). Esta específica manifestación de rebeldía – que es la que más se asemejó, en número, a las precursoras “montoneras” populares (de a caballo) – es la de mayor interés cualitativo de los casos estudiados, aunque no es el ‘delito’ particular más frecuente. Obsérvese en la Tabla N° 5, sin embargo, que la suma de “desacatos” y “alzamientos” es de 68 casos, por tanto, *el segundo delito más frecuente* de toda la Tabla, superado sólo por los robos de especies y animales. Pero fue, en todo caso, el más *masivo*. Esto también da cuenta del mayor carácter ‘rebelde’ adoptado por la guerrilla de recursos después de 1835.

III.- Motivaciones del robo: exclusión, pobreza, identidad.

a) Libelos y Declaraciones

El análisis histórico de las causas judiciales relativas a los delitos populares del período 1820-1860 permite descubrir varias diferencias categóricas (incluso antagónicas) entre las ‘*aseveraciones*’ del libelo acusatorio y las ‘*declaraciones*’ de los acusados. Las primeras (que fueron expuestas por inspectores, subdelegados, denunciadores de rango social distinto al acusado y por “testigos de cargo”), describen ‘el’ delito tanto como ‘el’ delincuente de tal manera que eliminan o eluden el contexto social y la singularidad personal del acusado, sustituyendo todo eso por una secuencia mecánica de figuras judiciales pre-constituidas. En cambio, las ‘*declaraciones*’ de los acusados (peones, labradores y artesanos encarcelados) configuran *relatos vivos* de situaciones, eventos y personajes, teñidos de “color local”.

Los libelos acusatorios están redactados con un lenguaje cuneiforme, pétreo, que ‘pronuncia’ solemnemente el delito según definición de manual y acusa al delincuente en tanto ‘comitente de una falta general’, como si el juicio se redujera a un deletreo de figuras judiciales pre-establecidas, hechos formalizados como casuística, e individuos reducidos a la figura funcional de ‘perpetrantes del delito’. El proceso judicial operaba, pues, *despersonalizando* al acusado y *des-historizando* los hechos del delito, como si la única ‘vida real’ en juego fuera la de la propiedad y/o de las ubicuas personas del patriciado (que era, a qué dudar, la principal víctima de la delincuencia). La lógica del proceso judicial no incorporó las dimensiones que estaban estrechamente asociadas al ‘acto delictivo’, como, por ejemplo: los factores económicos, sociales o culturales que *explicaban*, si es que no ‘justificaban’, ese tipo de actos. Tal carencia revela que la justicia no se dirimía ni definía según la sustancia social de la miseria o la exclusión, sino por la reproducción ampliada e indefinida de la riqueza mercantil. Por eso mismo, nunca los acusadores y los jueces tomaron en cuenta los factores que reproducían la miseria y la exclusión que, por rara coincidencia, *siempre* acompañaban la vida de los delincuentes, ni consideraron las eventuales motivaciones que los inducía a delinquir *tan* recurrentemente.

En consecuencia, situados en ese ángulo ciego, las autoridades no podían asumir al acusado sino como delincuente ‘por naturaleza’. Su delito no podía tener, por tanto, ni

explicación válida, ni excusa, ni pretexto, ni atenuación. Un delincuente constituido de esa manera, no podía, en el estrado, *por esencia*, ni defenderse legalmente, ni menos convertirse de acusado en acusador. Ante la elevada majestad del juez, *sólo* podía ser acusado, porque era, por sustancia ontológica, delincuente. De modo que el peón, una vez encarcelado, no tenía ningún derecho a presentar, ante sus acusadores, *testigos de descargo*. En las sumarias contra el peonaje, sólo se aceptaron testigos de cargo. Es que no había, propiamente, justicia: sino, sólo, penalidad⁴³.

En las ‘declaraciones’ de los acusados, en cambio, la lectura y la comprensión se pueden llevar más allá (o acá) del marco rígido ofrecido por la figura judicial del delito cometido. Se puede leer descendiendo, por tanto, desde la alta mecánica estereotipada de la justicia, a la baja dialéctica social e histórica de la marginalidad. O sea: hasta moverse *a través* de las ‘relaciones sociales’ del delito.

Y esas relaciones, en verdad, podían ser – y fueron – intrincadas, complejas y más extensas de lo que podía creerse. Pues no sólo involucraban la presencia activa de peones, sino también, a menudo, complicidades de todo tipo por parte de artesanos, labradores, comerciantes e, incluso – un poco en las penumbras de la acción – de terratenientes, mercaderes y otros miembros de la clase ‘propietaria’. El torbellino histórico-social que originaba y esparcía la delincuencia popular por todas partes tenía raíces y ramajes de un radio tal que iba más allá de la conciencia y la voluntad de los malhechores mismos. El movimiento del peonaje no se desenvolvía en tierra de nadie, ni en soledad territorial: era un *fenómeno interno de la sociedad chilena del siglo XIX*. No es posible, por eso, históricamente hablando, atribuir al peonaje, en exclusiva, todo lo que el peonaje *era*. O todo lo que *no* era. Pues la existencia de este enorme sujeto social – incluyendo su incómoda ‘guerrilla de recursos’ – era de gran utilidad en la acumulación de capital dinero por parte del patriciado mercantil, no sólo por la cruda explotación laboral de que era objeto, sino porque, en virtud de la dicha guerrilla, al asegurar ésta la supervivencia física del peonaje en un porcentaje no menor, bajaba *los costos de reproducción* de la mayor fuerza de trabajo disponible en el país⁴⁴. La erosión sustractiva que la delincuencia efectuaba en el embudo acumulativo del patriciado fue, de hecho, ‘el modo’ como aquél canceló, fuera de contabilidad y bajo cuerda, el dicho costo. A lo que se debe agregar la circunstancia de que la circulación de las mercancías robadas *abaratava a su vez el precio de los productos de primera necesidad* que consumían aquellos que veían en esa circulación una oportunidad de aliviar su situación. Y los beneficiados por esa caída de precios no eran pocos en el siglo XIX chileno, dada la enorme escasez de circulante monetario.

Las declaraciones del peonaje pusieron también de relieve la aritmética económica que ponía en movimiento la poderosa fuerza motriz del delito. Considerando que el monto efectivo del jornal pagado a los peones se movía normalmente varios puntos por debajo del precio medio que debían pagar esos trabajadores por los alimentos que aseguraban su subsistencia diaria, cualquiera negociación de especies y animales robados podía

---

⁴³ La descripción documental de estas prácticas – que implicaría realizar una larga exposición – se hará entro lugar. Aquí se presenta el problema sólo en su forma general, a efecto de situar las ‘motivaciones’ del peonaje en contraste con el tipo de justicia que juzgó y penalizó los actos delictivos que se derivaron de esas motivaciones.

⁴⁴ Un análisis más extenso del problema en G.Salazar: *Historia de la acumulación capitalista...*, op.cit., passim. Véase también el caso de la “clase rentista” y los especuladores de sitios, que impidieron la total expulsión de los rancheríos a mediados del siglo XIX. En ídem: *Mercaderes, empresarios y capitalistas...*, op.cit., capítulo IV.

producirle, al peón, de una sola vez, un ingreso equivalente al salario acumulado de uno, dos o más meses de trabajo continuo⁴⁵. Y en añadidura, *sin* el costo adicional del maltrato patronal. Puede comprenderse que, para el peón corriente, cualquier asalto o robo de ganado tenía – en comparación al nivel de vida que garantizaba el vagabundaje ‘sin robos’, o el trabajo asalariado ‘honrado’ – las dimensiones de un excepcional *big business*. Tanto, guardando las proporciones, como era el gran comercio de exportación-importación para el patriciado. Un negocio que, aunque ocasional, interrumpía de modo dramático el monótono transcurrir de su miseria. Por eso, ganancias de ese tipo y calibre merecían celebrarse – y fueron celebradas – con una espectacular francachela.

Por todo lo señalado, cabe concluir que, desde el momento en que el latrocinio ocasional tenía mayor rentabilidad neta que el trabajo asalariado intermitente, entonces no había cómo perderse: tenía mucho más sentido práctico involucrarse, a la primera oportunidad, en la ‘carrera delictiva’, que arrastrar la vida entera bajo un abusivo trabajo asalariado. Aunque esa carrera fuera interrumpida, de tiempo en tiempo, por la iracunda intromisión de jueces y alguaciles. No habiendo nada mejor, la ‘guerra de recursos’ debía, pues, seguir.

Y todo eso se desprende de las ‘declaraciones’ del peonaje encarcelado...

b) Motivaciones para robar

En el año 1800, cinco peones fueron acusados de haber robado trigo de las bodegas de la hacienda Potrero Grande, en las cercanías de Copiapó. Uno de los acusados, Pascual Seviche, declaró:

“Que obligado por la necesidad y por mandar hacer un poco de harina para comer, a causa de que en muchas ocasiones no le daban de almorzar en dicha hacienda, tomó una fanega de trigo... el Mayordomo y el hijo de don Manuel de la Torre llegaron al otro día donde el declarante acompañados de peones, y los mandó amarrar y los condujo a las casas, donde, colgados de los brazos, los azotaron”

Otro de los peones, Jerónimo Vergara, acusó al mayordomo y “al hijo del alguacil mayor” de que le habían “pegado de azotes a él y a otros cuatro... (que) quedó sin resuello de los muchos golpes que recibió, como igualmente los demás, según lo indican las cicatrices que manifiestan en las nalgas y corbas, pues siendo pasados 15 días del castigo, se halla sin poder sentarse, ni menos hacer diligencias para mantener y socorrer a su mujer”⁴⁶. En este caso, el juez local se declaró incompetente y remitió las fojas del expediente a la Real Audiencia.

La mayoría de las familias campesinas se alimentaban de legumbres, frutas y verduras en general, aunque, de tiempo en tiempo, comían carne de ave, cordero o cerdo⁴⁷. La carne de vaca no entraba en la alimentación cotidiana, pero sí, y en grandes cantidades,

⁴⁵ Sobre el jornal del peonaje corriente, ver de G.Salazar: *Labradores, peones y proletarios...*, op.cit., capítulo I.

⁴⁶ Archivo Judicial de Copiapó (AJCop.), Legajo 120, p. 17 (1800).

⁴⁷ A.Hagerman: “The Impact of Market Agriculture on Family and Household Structure in 19th Century Chile”, en *Hispanic America History Review* 58:4 (1978).

en ocasiones especiales. Por lo común, en esas ocasiones se trataba de animales robados. Y esto daba lugar a jolgorios compartidos. Obsérvense los casos siguientes.

El labrador Nicolás Martínez fue encarcelado en 1816, acusado de haber robado una vaca. Y fue así porque el alguacil de Quirihue había descubierto, cerca del rancho de Martínez “un guisamento de vaca enterrada”. Apremiado por el juez, el acusado confesó que “se había comido tres reses: dos de la hacienda de don Melchor Corvalán, y otra de don Raymundo Espinoza, y que el cuero lo tiene enterrado”. El juez, ante eso, ordenó embargar todos los bienes del labrador. El inventario de esos bienes reza: “una cuadra de tierra, dos ranchos pequeños, diez duraznos, un manzano, cuatro fanegas de trigo, un potrillo y una potranca”⁴⁸. Se comprende que esos bienes no le permitían al labrador contar con una alimentación suficientemente cargada en proteínas.

Manuel Carrasco, en cambio, no era labrador, sino un peón urbano que vivía en el “barrio de los Chorrillos”, ciudad de Concepción. Un día de primavera, año 1824, le dijo a su amigo Esteban: “vamos a la campaña a buscar qué comer a casa de Tanis Vega”. El amigo estuvo de acuerdo. Fueron. Ya cerca de la casa de Vega se acomodaron en la cima de un cerro. Allí estuvieron un día entero “vichiándole los animales”. Cuando el momento se consideró oportuno, bajaron del cerro rápidamente, enlazaron una vaca lechera, se la llevaron y, en un lugar solitario, la mataron. Luego

“se repartieron de la carne, y que sólo habían dejado el espinazo y la cabeza, y saliendo ya cargados de carne se toparon manos a boca con los que andaban siguiendo la vaca, y que allí mismo habían largado la carne... Que ellos habían vuelto después en busca de la cabeza y el espinazo, y que sólo eso habían aprovechado...”

Manuel Carrasco fue apresado cuando regresaba al barrio de los Chorrillos. El robo lo habían efectuado cerca de Hualqui. El acusado “era de 25 años, y no firmó, por no saber”⁴⁹.

En los casos citados, los acusados habían robado carne para alimentarse ellos mismos. Y comieron, al parecer, hasta hartarse (Martínez confesó haberse comido “tres reses”). Sin embargo, sea porque la carne de un animal robado podía ser mucha, o por otras razones, el hecho es que, a menudo, la carne robada era repartida entre las relaciones más cercanas a los autores del robo. En 1819, por ejemplo, el peón-gañán Pascual Pardo (20 años, soltero, de Rere), acompañado de su socio Juan José Parra, robó dos terneras. Llevaron los animales a casa de Crisosto Parra, donde los mataron. Cuando cayó preso, Pascual declaró que “de estos animales llevó Juan José, su compañero, dos piernas, una espaldilla, dos costillares, un lomo; y el declarante le dio carne a Amelia Parra, y la demás carne se la comieron”. Este latrocinio – junto a la seguidilla de comidas que le siguieron – tuvo lugar en las cercanías de Yumbel⁵⁰.

Es fácil colegir que, para campesinos y peones hambrientos, comerse una res (robada) era un banquete que podía durar dos o más días. El labrador Javier Arriagada, por ejemplo, fue acusado en 1836 de haberse comido una vaca de la hacienda del General en Jefe del Ejército, don Manuel Bulnes. El acusado negó terminantemente haberse

⁴⁸ Archivo Judicial de Quirihue, legajo 12, p.6 (1816).

⁴⁹ AIC, vol. 66 (1824), Puchacay, 5 de octubre.

⁵⁰ Archivo Judicial de Yumbel, Legajo 8, p. 10 (1830).

comido ‘esa’ vaca, pero confesó a cambio haberse comido, junto con otros compañeros, *dos* animales vacunos de don Ignacio Molusco, faena que les tomó “dos días de no se acuerda qué mes de los últimos del invierno pasado”⁵¹. Por su parte, Gregorio Pacheco, gañán y soldado desertor del Batallón Valdivia, se vio obligado a esconderse en los cerros cercanos a la casa de su cuñado, en Puchacay. Sintióse hambriento “y para sostenerse, agarró la vaquilla en las faldas del Cayumanque, en terrenos de don Miguel Lavanderos”, y se la comió. Así pudo mantenerse durante varias semanas. Sin embargo, fue atrapado. El precio que tuvo que pagar por la alimentación de ese período fue fijado por el juez de Puchacay, y consistió en 50 azotes más un año de trabajo forzado en Concepción⁵².

Los peones y labradores que, por centenares, desertaban de los ejércitos en campaña (*cualquiera*: realista o patriota, liberal o pelucón), o que huían de las levadas militares o escapaban de prisión, se escondían, invariablemente, en los cerros. Y allí, donde solían estar por largos períodos, sólo podían alimentarse de manzanas silvestres y animales robados. En tales circunstancias, satisfacer el hambre era una necesidad imperiosa, y el robo de animales podía ser la única posibilidad de hacerlo a plena satisfacción... En ese trance se encontró Jacinto Zurita en 1840: había desertado de su regimiento, razón por la que se escondió en los montes y allí, en base a aquella ‘dieta’, permaneció más de seis meses. Estando allí conoció a dos labradores que habían escapado de la cárcel de Yumbel y también a un tal Pablo Mata, que los había ayudado a esconderse “en unas piedras muy grandes, como casas, que hay en la orilla del río”. Como ya eran cuatro, el hambre se cuadruplicó. Fue entonces cuando decidieron “combinarse” y llevar a cabo una audaz ‘operación comida’. Así,

“cerca de las oraciones, se dirigieron a Coyanco y degollaron un ternero y asaron carne allí, y inmediato encontraron una bestia y la cargaron... y para sostenerse degollaron un torito, y enseguida una ternera parda y no supo si comieron más animales porque él y Pablo Mata se fueron para Chillán de a pie... Y vinieron a ver sus aparceros Soto y Zañartu y de retiro se robaron unas cuatro mulas y un caballo tordillo”.⁵³

Como se puede apreciar, la deserción y la fuga (u otra forma de disidencia) creaban una marginalidad proscrita, y ésta, a su vez, una necesidad apremiante: el hambre. El hambre, la compañía y la carne robada (asada y comida) configuraban, frente al juez, la imagen judicial perfecta: el ‘ladrón de ganado’ por antonomasia y nacimiento. Había en todo eso una secuencia fatal: el primer estigma (el ‘proscrito’), engendraba inevitablemente un segundo (el ‘ladrón merodeador’) y el encuentro en los cerros de peones ya estigmatizados paría el peor de todos: la “banda de cuatros”. La superposición de estigmas consolidaba a perpetuidad el ‘estado de guerrilla’ entre los peones y el sistema central, un abismo que dejaba a los estigmatizados fuera del sistema para siempre, forzados a perpetrar robos infinitos para subsistir.

Es ilustrativo, en ese sentido, el caso del desertor Pedro Ramírez, que era oriundo de San Fernando. En 1825, su principal testigo de cargo, el Diputado por San Pedro, lo describió como “un desertor, y que su ejercicio era robar”. Agregó que conocía a Ramírez desde que éste tenía un año, y que “no dejaba haber de noche en las casas, y

⁵¹ *Ibidem*, Legajo 8, p. 37 (1836).

⁵² *Ibidem*, Legajo 16, p. 40 (1839).

⁵³ *Ibidem*, Legajo 16, p. 43 (1840).

que hará como cinco meses le robó a Rosario Contreras una bayeta del telar”. A estas imputaciones Ramírez respondió con un sentido ‘relato de vida’:

“Que habiéndose ido para la capital, lo agarraron de recluta, y entró de soldado del N° 7, donde sirvió un año y tres meses. De allí desertó del puerto de Valparaíso, estando a bordo para embarcarse, pero no trajo vestido alguno. Luego se fue a la capital, allí lo agarraron y entró a servir al N° 4. Allí estuvo un año de soldado, y habiendo salido para Valparaíso, desertó. También dejó el vestido, y aquel tiempo anduvo a escondidas y se hizo cortar el dedo pulgar a fin de inutilizarse, cuyo dedo le cortó un tal Alvarez, que también ha sido soldado... Que había hecho los robos por tener con qué mantenerse, que los robos los vendía por Tagua Tagua y San Vicente”⁵⁴

El vagabundaje – en el que caían peones y labradores por igual – no era siempre una condición de vida libremente elegida, sino regularmente *forzada* por la necesidad de escapar de las situaciones opresivas en las que a menudo redundaban las ‘relaciones institucionales’ impuestas por el sistema central (servicio militar, cárcel, persecución por deudas, trabajo mal remunerado, hambre en la faena, etc.). La fuga, al desencadenar automáticamente la condición de ‘proscrito’, obligaba al escapado a *mantenerse* por sí mismo al margen de las vías legalizadas para subsistir. La pobreza extrema (como era el caso del labrador Martínez, quien, como se vio arriba, aunque tenía bienes no podía alimentarse apropiadamente), obligaba también a tomar esas mismas ‘vías’. El hambre, por tanto, o provenía de la pobreza extrema, o de la necesidad de fugarse y desertar. En ambos casos, la única posibilidad de “mantenerse” era el robo de comida, que, de ser una práctica de emergencia, se convertía en práctica regular. Connatural. Pero el robo para mantenerse no era sólo de animales: el hambre podía satisfacerse, también, de otro modo. Véase el caso que sigue:

El 20 de enero de 1835, un grupo de cinco campesinos y peones, que volvían “a horas de las oraciones, o más” de las fiestas populares de Yumbel, arribaron a la casa de Eugenia Cabezas. Y llegaron todos, por supuesto, con enorme apetito. Pero, al mismo tiempo, sin dinero... En ese trance, alguien de los que allí estaban informó, como al pasar, que don Felipe González venía también viajando hacia la villa, y que en sus alforjas traía pan y queso... El dato quedó allí, sugerente, flotando en el aire. Y fue en ese momento cuando un campesino que venía rezagado, Plácido Quiroz, entró a la casa de Eugenia. No pasó mucho tiempo cuando los que allí estaban le dijeron “si se animaba a salir a quitarles las alforjas al viejo Felipe González”. Era un desafío. Quiroz miró, reflexionó, sopesó sus propias capacidades, y respondió que sí, que se animaba, y que iría. “Y se fue a ejecutar el plan y volvió con las alforjas, que traían pan y queso, y que lo comieron entre todos”⁵⁵.

El peón-gañán Mario Soto, en cambio, que deambulaba sin compañía en torno a la ciudad de Copiapó buscando trabajo, se robó en 1839 una olla de hierro con medio almud de frijoles de la oficina del Subdelegado de Copiapó. Lo sorprendieron. Ante el señor juez declaró que lo había hecho “porque estaba apurado de la necesidad... que antes había hurtado también menos de medio almud de frijoles”. El joven peón

⁵⁴ Archivo Judicial de San Fernando, Legajo 195, p. 7 (1825).

⁵⁵ Archivo Judicial de Yumbel, Legajo 9, p. 5 (1838).

permaneció siete meses encerrado en la cárcel de Copiapó, esperando el término del trámite judicial. Al cabo de ese tiempo, el juez lo dejó en libertad⁵⁶

El individuo proscrito, al hallarse en situación de hambre, solía despertar solidaridad y hospitalidad entre sus parientes, socios o entre otros individuos como él. Y de todos ellos recibía algo: albergue, alimento, ropa, caballos e, incluso, dinero. Si la ‘guerra de recursos’ del peonaje tenía al frente un ‘enemigo’ al que se agredía robándole sus bienes, tenía a la vez, en retaguardia, una muchedumbre de ‘camaradas’ de una misma condición, en calidad de aliados eventuales. Todos los documentos muestran que los pobres se hacían favores mutuamente para subsistir, lo que significaba que todos ellos – o la mayoría – tenían en sus iguales un crédito abierto, a la vista y al portador⁵⁷. La pobreza era suficientemente rotunda, extendida y, a la vez, cercana, como para que todo pobre o prófugo confiara y fraternizara espontáneamente con otro pobre u otro prófugo. La identidad del “bajo pueblo” (el conjunto de peones, labradores, artesanos y regatones), por su inconfundible apariencia y presencia masiva, era, para sí mismo, un voluminoso *capital social*, siempre disponible para asegurar la supervivencia colectiva y, por tanto, para perpetuar la ‘guerra de recursos’⁵⁸. La vida se cuida a sí misma, en todo lugar. Por esta razón, si el peonaje aparecía ante los jueces como una tropa inmoral de ladrones por naturaleza, cada uno de esos ladrones acumulaba, en retaguardia, una gran deuda fraternal con todos los iguales que, de un modo u otro, le habían ayudado a sobrevivir. En este flanco, el delincuente tenía una suerte de *responsabilidad ética*: un conjunto de ‘obligaciones’ adquiridas, que él, de algún modo y a plazo indefinido, debía saldar y satisfacer. Porque la camaradería implicaba, siempre, reciprocidad. Y ésta, sin duda, era la base de la ética del peonaje en tanto que tal: la que debía tener *consigo mismo*. Esto determinó que muchos robos se cometieran para pagar favores recibidos, y que el botín se repartiera, a menudo, dispendiosamente. Las más favorecidas por esta distribución ‘ética’ de recursos robados fueron las mujeres que vivían arranchadas en los suburbios, como también los labradores ‘establecidos’ (con tierra, familia y rancho propios) que, en la estimación del peonaje, tenían el alto rango de padrinos, socios, compadres o aposentadores.

Victorio Sobarzo, un joven peón rural de Puchacay, se sentía comprometido en 1844 por los deberes que derivaban de la ética social del peonaje. En particular, se sentía obligado con la persona de Polinario Quilodrán, un labrador independiente, mayor que él y, por añadidura, su cuñado. Al parecer, el labrador vendía los animales robados que, de tiempo en tiempo, le llevaba el peón. Esos tratos constituían ciertamente un negocio, pero también un sistema de favores recíprocos. Operaba pues, entre ellos, un código ético. Por eso Sobarzo creyó de su deber, en el año supradicho, llevar de regalo a la esposa de Quilodrán “un caballito”, y al hijo menor de la pareja, “una potranca”. Según la declaración del labrador, Sobarzo le había ofrecido al niño “ser su padrino de confirmación, y habiéndolo verificado, le trajo en las cosechas pasadas un caballo castaño de poco precio... y en seguida le trajo una potranca”. Todos los animales eran robados⁵⁹.

⁵⁶ Archivo Judicial de Copiapó, Legajo 21, p. 25 (1839).

⁵⁷ Referencia a Larissa Lomnitz y otros.....

⁵⁸ Sobre capital social...

⁵⁹ Archivo Judicial de Puchacay, Legajo 13, p. 14 (1844). Otro caso similar en AIC, vol. 135 (1839), Sumarios, Legajo 18.

La responsabilidad ética no se reducía a devolver favores recibidos o a humanizar las relaciones de negocios. También se extendía a las relaciones filiales y familiares. Fue el caso del peón-gañán Ignacio Aceitón, casado, 26 años. Hallándose en 1844 con familia propia pero sin tierras ni empleo, decidió abandonar su villa natal (Parral) y, junto con su mujer, se trasladaron a Los Ángeles, en la expectativa de mejorar su suerte. Allí estuvieron por algún tiempo, pero no encontraron nada: ni tierras ni empleo. En cambio, se halló preso en la cárcel de esa ciudad. Allí, Aceitón declaró:

“Que hallándose a larga distancia de su tierra y encontrándose infeliz y no teniendo cómo poderse venir con su mujer, se vio obligado a cometer el atentado de agarrar una yegua al señor Bastías para venirse, con la intención, así que estuviese en su tierra, devolvérsela”⁶⁰.

La mujer de Ignacio Aceitón volvió, pues, sola, sin recursos y sin marido, a su villa natal.

En el hurto de varias especies que perpetraron José Aravena y Agustín Escobar en la villa de Yumbel en 1827 se congregaron, en una sola operación, todas las motivaciones y deberes que inducían al bajo pueblo a la delincuencia. Esto se deduce de la forma como ambos peones repartieron e invirtieron el robo realizado. En efecto: una parte del botín lo entregaron a una amiga de ambos: Catalina Pino, en calidad de “custodia”; otra parte la dieron, a título de donación, a “una mujer nombrada Manuela”; otra parte lograron venderla por dinero, y parte del dinero lo invirtieron en “medio real de empanadas”⁶¹. Sin embargo, en el peonaje, el ejercicio recíproco de colaboraciones en la acción y deberes en la retribución no siempre terminaba con un saldo común de satisfacción ética, pues, a menudo, las especies regaladas o retribuidas traían adheridas la inesperada intromisión del trámite judicial, que podía estallar en el centro de esa fraternidad. Es lo que le ocurrió al Labrador Juan Sepúlveda (25, casado), quien en 1846 recibió, de parte de su primo Esteban Escobeda, dos ovejas. Pero éstas no llegaron en calidad de regalo, puesto que “se las había dejado encargadas”. El Labrador, ya en la cárcel, declaró ante el Juez de Parral que se hallaba preso “por habérsele encontrado dos ovejas maneadas debajo del catre... Que no sabía que eran robadas”⁶².

Un aspecto heterogéneo de la ética peonal lo constituía su eventual fidelidad al patrón. O, si se prefiere, su sentido (¿natural?) de obediencia y disciplina dentro de una estructura productiva. Y fueron éstas las motivaciones que llevaron, tal vez, a los ‘peones de fundo’ Tomás Almarza y José Villa a perpetrar un robo en 1828. Sus patronos – don Pedro Maldonado y su hermana doña Mercedes – eran dueños de una finca en las cercanías de Penco, y pertenecían a esa clase de terratenientes que no podían participar por sí mismos en el comercio de exportación de trigo y harina. Por eso solían vivir acosados por las deudas contraídas con los mercaderes del trigo o los molineros de Tomé. Y en el citado año, los dichos patronos ordenaron a sus peones que fueran a robar el buey de Domingo Cano, quien, a su vez, era peón de fundo de don Manuel Guajardo. Estando ya en la cárcel, Tomás Almarza declaró:

“Que el buey crespo que demanda Guajardo se lo robó el declarante solo, porque su compañero quedó cuidando los caballos. Que el buey estaba en la

⁶⁰ Archivo Judicial de Parral, Legajo 10, p. 7 (1844).

⁶¹ Archivo Judicial de Yumbel, Legajo 8, p. 19 (1827).

⁶² Archivo Judicial de Parral, Legajo 10, p. 16 (1846).

ramada y él fue a robarlo porque se lo mandó don Pedro Maldonado y doña Mercedes, su hermana”.

Su socio, José Villa, dijo que “su patrón se había enojado mucho con él porque en la noche misma no había marchado a esconder el buey... A más de esto, don Pedro Maldonado, antes del robo del buey, dijo... que *estaba bueno para comérselo*”. El Juez dictaminó que don Pedro “satisficiera” el buey al peón de don Manuel⁶³. Se observa en este caso no sólo la obediencia de los peones a una orden de su patrón, sino también la lealtad del peón Tomás, que se atribuyó él solo el robo del buey, eximiendo a su compañero José. Al mismo tiempo, el incidente sugiere que tanto los patrones (don Pedro y doña Mercedes), como sus dos peones, parecían hallarse en una situación de hambre, porque, por lo dicho, el objetivo del robo era, entre todos, “comerse el buey”...

Por lo visto hasta aquí, las más frecuentes motivaciones para ejecutar robos surgían de la articulación secuencial entre la fuga desde una situación opresiva de tipo estructural (del Ejército, de la justicia, de la explotación laboral, de la cárcel, etc.) y las coyunturas propias de una situación de libertad perseguida (escondarse, “mantenerse” estando a la intemperie, etc.). Si esa articulación producía en los prófugos incontenibles estallidos de hambruna, no menos apremiantes eran las necesidades alimenticias de los peones adolescentes que carecían de hogar y/o de la retribución patronal necesaria para desarrollarse de modo conveniente a su edad. Nicasio Chamorro, por ejemplo, tenía 16 años en 1848. Era natural de Talpeu y no tenía oficio definido. Trabajaba como sirviente doméstico en la casa de don José Rosales, ciudad de Talca. Se le acusó de haber robado semillas de papas a un vecino. Don José, el patrón, que actuó en el juicio como testigo de cargo, declaró que “desde muy pequeño que lo ha tenido en su casa muchos años, que su conducta es la de un hombre malo y ladrón... que le robó un corte de bayeta, cuatro quesos y un papal de media fanega de siembra... que sabe que le robó a Juan Salazar dos quesos, que ha oído decir que a don Teodoro Barrios le entró a robar trigos”. El joven Nicasio reconoció todos los robos enumerados por su patrón. Pero agregó también:

*“Que la causa de su prisión es por haberle escalado un cuarto a don José Villar para sacar de él unas papas, porque tenía mucha hambre...”*⁶⁴.

Y Domingo Araya tenía 15 años de edad cuando, en 1850, trabajaba como aprendiz de dulcero en casa de Domingo Molina, ciudad de Copiapó. Se le acusó de haber robado a su patrón “un sombrero, un par de pantalones y unos zapatos, cuyas prendas las trae puestas”. Fue encarcelado. Afortunadamente para él, el Procurador de Pobres de la ciudad fue en su ayuda, actuando como ‘testigo de descargo’. Declaró:

*“Mi defendido servía a Domingo Molina hacía un mes completamente en cueros y descalzo. Pidió a su patrón alguna cosa con qué cubrirse y éste no le quiso dar. En tal caso, urgido por la necesidad, echó mano de aquellas miserables prendas”*⁶⁵.

⁶³ Archivo Judicial de Puchacay, Legajo N° 13, p. 15 (1828).

⁶⁴ Archivo Judicial de Talca, Legajo N° 481, p. 4 (1848).

⁶⁵ Archivo Judicial de Copiapó, Legajo N° 162, p. 5 (1850).

El joven aprendiz fue dejado en libertad, en atención “a su edad y gran indigencia”. Pero no hubo amonestación para el patrón. Ni quedó registro alguno si Domingo Araya quedó libre con las mismas prendas con las que se le había aprehendido, o no.

Una tarde de otoño de 1842, a la hora del crepúsculo, don Francisco Bragden llamó a su sirviente Agustín Millar y le ordenó que fuera a “comprar harina” a la villa de Copiapó, distante 20 cuadras de la casa en que se hallaban. Y como el sirviente había estado varios años trabajando para él sin mayores problemas, don Francisco, confiado, “le prestó su caballo” para que cumpliera el cometido. Agustín obedeció, con docilidad y diligencia. Sin embargo, estando en ese trámite, galopó 30 leguas más allá del destino asignado por su patrón. Detuvo su carrera en la hacienda de Potrero Grande, donde se instaló por un tiempo. Pero alguien lo acusó y fue arrestado. Lo acusaron de haberse robado el caballo de don Francisco. Fue entonces cuando el joven Millar vio tronchado su sueño. Pues dijo:

“Que el motivo de haber ido al Potrero Grande es porque en casa de Bragden nada ganaba, y se fue con el caballo de éste con el ánimo de volverlo luego como se acomodase en alguna parte”

Con todo, habiendo permanecido meses en la cárcel a la espera de que la sumaria llegara a término, y considerando su buena conducta general, se le dejó ir. No se sabe a dónde...⁶⁶.

Un niño pastor que trabajaba en el fundo de don Nicolás Luco en el valle de Aconcagua, aconsejó un día al inquilino Juan Arenas (radicado en la misma propiedad) que robase a su patrón 4 corderitos. Era el año 1845. Es que el niño vio que don Nicolás había obligado al inquilino a pagarle \$ 3 pesos por una vaca que se había muerto, a pretexto de que era responsabilidad del trabajador. El niño consideró que esa decisión era injusta. Y Arenas, estando de acuerdo con el pequeño pastor, se robó los 4 corderitos. Llevado ante el Juez, declaró que él “sólo a su mujer mantiene, que no juega ni bebe, y que por eso le luce lo que gana”. No necesitaba, pues, robar para vivir. Pero la imposición del patrón había sido injusta. Por eso – declaró – “efectivamente se hurtó los corderitos y se los comió... que la panza y los chicharrones que se han encontrado en su poder son de los referidos corderitos”. El Juez no se impresionó por los altivos y francos argumentos de Arenas, y lo condenó a 50 azotes y 8 meses de presidio. No hubo condena para el niño pastor. Tampoco para don Nicolás⁶⁷.

La ética del peonaje podía brotar, pues, de la vida misma, a temprana edad...

Las motivaciones que llevaban al peonaje (y a sus camaradas) a robar respondían, según se ha visto en este apartado, a complejas relaciones sociales a nivel de sociedad más que a su mera “naturaleza delictiva”. La pobreza, la opresión y las consiguientes “fugas al monte” de los peones tenían mucho que ver con las prácticas patronales, de gobierno, de acumulación y represión del patriciado mercantil. No es posible separar las prácticas de dominación de las prácticas escapistas y rebeldes de los dominados. Era un mismo complejo histórico, que se revolvía internamente como círculo vicioso. El mismo que, en este trabajo, hemos llamado ‘guerrilla de recursos’. Pues al potente círculo acumulativo del patriciado respondía, de rebote y coletazo, el no menos potente círculo

⁶⁶ *Ibidem*, Legajo N° 23, p. 37 (1842).

⁶⁷ Archivo Judicial de San Felipe, Legajo N° 79, p. 5 (1845).

delictivo del bajo pueblo. Los movimientos que de uno y otro círculo se desprendían, chocando una y otra vez entre sí, no eran, ni en intención ni proyección, de carácter propiamente político. Pero el movimiento conjunto, que era violento, caótico y estático a la vez, era, en su esencia misma, un *problema político* de grado mayor. Donde, ni patricios ni peones sabían realmente a dónde iban ni, por tanto, lo que hacían.

En ese sentido, compartían una misma barbarie⁶⁸.

La Reina, febrero 2012.

---

⁶⁸ En este trabajo se ha optado por elaborar los argumentos en base directa a las investigaciones propias. No se examinaron ni discutieron, por tanto, los estudios que otros autores han realizado sobre el mismo tema (J.Bengoa, J.Valenzuela, L.A.Romero y D.Palma, por ejemplo, que han trabajado bajo el concepto casi exclusivo de “bandidaje” etc.), a objeto de no extender demasiado el texto.